

# CRISTIANIDAD

S. S. S. Trinitas cum B. V. Maria

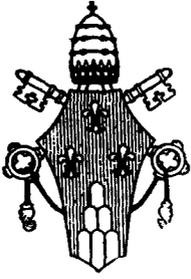
St.  
S. 14



*Gouffred Heud fecit*

*Negotium Academiae Caesareae Franciscanae et Ioan. Danel. Herz excudit Aug. Viridel  
Cum Gratia et Priv. S. Cas. A. Gest.*

Año XXII - Núm. 411  
BARCELONA  
MAYO 1965



# "MENSE MAIO"

Epístola Encíclica de S. S. Paulo VI

Venerables hermanos: Salud y bendición apostólica.

Al acercarse el mes de mayo, consagrado por la piedad de los fieles a María Santísima, se llena de gozo nuestro ánimo con el pensamiento del conmovedor espectáculo de fe y de amor que dentro de poco se ofrecerá en todas partes de la tierra en honor de la Reina del cielo. En efecto, el mes de mayo es el mes en que los templos y en las casas particulares sube a María desde el corazón de los cristianos el más ferviente y afectuoso homenaje de su oración y de su veneración. Y es también el mes en el que desde su trono descienden hasta nosotros los dones más generosos y abundantes de la Divina Misericordia.

Nos es, por tanto, muy grata y consoladora esta práctica tan honrosa para la Virgen y tan rica de frutos espirituales para el pueblo cristiano. Porque María es siempre camino que conduce a Cristo. Todo encuentro con ella no puede menos de terminar en un encuentro con Cristo mismo. ¿Y qué otra cosa significa el continuo recurso a María sino un buscar entre sus brazos, en ella, por ella y con ella a Cristo nuestro Salvador, a quien los hombres, en los desalientos y peligros de aquí abajo, tienen el deber y experimentan sin cesar la necesidad de dirigirse como a puerto de salvación y fuente trascendente de la vida?

Precisamente porque el mes de mayo nos trae esta poderosa llamada a una oración más intensa y confiada, y porque en él nuestras súplicas encuentran más fácil acceso al corazón misericordioso de la Virgen, fue tan querida a nuestros predecesores la costumbre de escoger este mes consagrado a María para invitar al pueblo cristiano a oraciones públicas siempre que lo requiriesen las necesidades de la Iglesia o que algún peligro inminente amenazase al mundo.

Y Nos también, venerables hermanos, sentimos este año la necesidad de dirigir una invitación semejante a todo el mundo católico. Si consideramos, en efecto, las necesidades presentes de la Iglesia y las condiciones en las que se encuentra la paz del mundo, tenemos serios motivos para creer que esta hora es particularmente grave y que urge más que nunca el hacer una llamada a un coro de oraciones de todo el pueblo cristiano.

## NUESTRA ESPERANZA EN MARÍA

El primer motivo de esta llamada nos lo sugiere el momento histórico por que atraviesa la Iglesia en este período del Concilio Ecuménico. Acontecimiento grande éste, que plantea a la Iglesia el enorme problema de su conveniente puesta al día, y de cuyo feliz resultado dependerán durante largo tiempo el porvenir de la Esposa de Cristo y la suerte de tantas almas. Es la gran hora de Dios en la vida de la Iglesia y en la historia del mundo. Aunque es verdad que gran parte del trabajo se ha realizado ya felizmente, os aguardan todavía en la próxima sesión, que será la última, graves tareas. Seguirá después la fase no menos importante de la actuación práctica de las decisiones conciliares, que requerirá además el esfuerzo conjunto del clero y de los fieles para que las semillas sembradas durante el Concilio puedan alcanzar su efectivo y benéfico desarrollo. Para obtener las luces y bendiciones divinas sobre este cúmulo de trabajo que nos aguarda, Nos colocamos nuestra esperanza en aquella a quien hemos tenido la alegría de pro-

clamar en la pasada sesión "Madre de la Iglesia". Ella, que nos ha prodigado su amorosa asistencia desde el principio del Concilio, no dejará ciertamente de continuarla hasta la fase final de los trabajos.

## LA SITUACIÓN INTERNACIONAL, MÁS OSCURA E INCIERTA QUE NUNCA

El otro motivo de nuestra llamada lo constituye la situación internacional, la cual, como bien sabéis, venerables hermanos, es más oscura e incierta que nunca, ya que nuevas y graves amenazas ponen en peligro el supremo bien de la paz del mundo.

Como si no nos hubiesen enseñado nada las trágicas experiencias de los dos conflictos que han ensangrentado la primera mitad de nuestro siglo, asistimos hoy al temible agudizarse de los antagonismos entre los pueblos de algunas partes del globo y vemos repetirse el peligroso fenómeno del recurso a la fuerza de las armas y no a las negociaciones para resolver las cuestiones que enfrentan a las partes contendientes.

Esto trae como consecuencia que pueblos de naciones enteras estén sometidos a los indecibles sufrimientos causados por las agitaciones, las guerrillas, las acciones bélicas, que se van extendiendo e intensificando cada vez más, y que podrían constituir de un momento a otro la chispa de un nuevo y horroroso conflicto.

Frente a estos graves peligros de la vida internacional, Nos, conscientes de nuestros deberes de Pastor Supremo, creemos necesario dar a conocer vuestras preocupaciones y el temor de que estas discordias se exacerben hasta el punto de degenerar en un conflicto sangriento. Suplicamos, por tanto, a todos los responsables de la vida pública que no permanezcan sordos a la aspiración unánime de la humanidad, que quiere la paz. Que hagan cuanto está en su poder para salvar la paz amenazada. Que sigan promoviendo y favoreciendo los coloquios y negociaciones en todos los niveles y en todas las ocasiones para detener el peligroso recurso a la fuerza, con todas sus trágicas consecuencias materiales, espirituales y morales. Que se trate de determinar según las normas trazadas por el Derecho todo verdadero anhelo de justicia y de paz, para estimularlo y llevarlo a la práctica, y que se confíe en todo acto leal y de buena voluntad, de modo que la causa positiva del orden prevalezca sobre el desorden y la ruina.

## EN DEFENSA DE LA DIGNIDAD HUMANA

Desgraciadamente, en esta dolorosa situación debemos constatar con gran amargura que, con mucha frecuencia se olvida el respeto debido al carácter sagrado e inviolable de la vida humana, y se recurre a sistemas y actitudes que están en abierta oposición con el sentido moral y con las costumbres de un pueblo civilizado.

A este respecto, no podemos menos de elevar nuestra voz en defensa de la dignidad humana y de la civilización cristiana, para deplorar los actos de guerrilla, de terrorismo, la captura de rehenes, las represalias contra las poblaciones inermes. Delitos éstos que, mientras hacen retroceder el progreso

del sentido de lo justo y de lo humano, irritan cada vez más los ánimos de los contendientes y pueden obstruir los caminos todavía accesibles a la buena voluntad recíproca, o hacer, al menos, cada vez más difíciles las negociaciones, que si son francas y leales, deberían concluir en un razonable acuerdo.

Esta nuestra preocupación, como vosotros bien sabéis, venerables hermanos, está dictada no por intereses particulares, sino únicamente por el deseo de la defensa de cuantos sufren y del verdadero bien de todos los pueblos. Y Nos abrigamos la esperanza de que la conciencia de la propia responsabilidad ante Dios y delante de la Historia tenga la fuerza suficiente para inducir a los gobiernos a proseguir en sus generosos esfuerzos por salvaguardar la paz y remover cuanto es posible los obstáculos reales psicológicos que se interponen a un seguro y sincero entendimiento.

Pero la paz, venerables hermanos, no es solamente un producto nuestro, humano, sino que es también, y sobre todo, un don de Dios. La paz desciende del cielo; y reinará realmente entre los hombres, cuando finalmente hayamos recibido que se nos la conceda el Señor Omnipotente, el cual, juntamente con la felicidad y la suerte de los pueblos, tiene también en sus manos los corazones de los hombres. Por esta razón, Nos preocuparemos alcanzar este insuperable bien, orando con constancia y diligencia, como ha hecho siempre la Iglesia, desde los primeros tiempos, orando de modo particular con el recurso a la intercesión y protección de la Virgen María, que es la Reina de la Paz.

A María, pues, venerables hermanos, se eleven en este mes mariano nuestras súplicas para implorar con crecido fervor y confianza sus gracias y favores. Y si las graves culpas de los hombres pesan sobre la balanza de la justicia de Dios y provocan su justo castigo, sabemos también que el Señor es "el padre de las misericordias y el Dios de la consolación" (2 Cor., 1, 3), y que María Santísima ha sido constituida por Él administradora y dispensadora generosa de los tesoros de su misericordia. Ella, que ha conocido las penas y las tribulaciones de aquí abajo, la fatiga del trabajo cotidiano, las incomodidades y estrecheces de la pobreza, los dolores del Calvario, socorra, pues, las necesidades de la Iglesia y del mundo, escuche

benignamente las invocaciones de paz que a Ella se elevan desde todas partes de la tierra, ilumine a los que rigen los destinos de los pueblos y obtenga de Dios, que domina los vientos y las tempestades, la calma también en las tormentas de los corazones que luchan entre sí y "del nobis pacem in diebus nostris", la paz verdadera, la que se funda sobre las bases sólidas y duraderas de la justicia y del amor; justicia hecha al más débil, no menos que al más fuerte, amor que mantenga lejos los extravíos del egoísmo, de modo que la salvaguardia de los derechos de cada uno no degeneren en olvido o negación del derecho de los otros.

#### MARÍA REINA

Vosotros, pues, venerables hermanos, de la manera que creáis más conveniente, dad a conocer a vuestros fieles estos nuestros deseos y exhortaciones y procurad que durante el próximo mes de mayo se promuevan en cada una de las diócesis y cada una de las parroquias especiales oraciones y que particularmente se dedique la fiesta consagrada a María Reina a una solemne y pública súplica por los fines indicados. Sabed que Nos contamos de un modo especial con las oraciones de los inocentes y de los que sufren, puesto que son estas voces las que, más que otras cualesquiera, penetran los cielos y desarmen la justicia divina. Y ya que se ofrece esta oportuna ocasión, no dejéis de inculcar con todo cuidado la práctica del rosario, la oración tan querida a la Virgen y tan recomendada por los Sumos Pontífices, por medio de la cual los fieles pueden cumplir de la manera más suave y eficaz el mandato del Divino Maestro: "Petite et dabitur vobis, recabiter et invenietis, pulsate et aperietur vobis" ("Pedir y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y os abrirán." (Mateo, 7, 7).

Con estos sentimientos y con la esperanza de que nuestra exhortación encuentre prontos y dóciles los ánimos de todos, a vosotros, venerables hermanos, y a todos vuestros fieles impartimos de corazón la bendición apostólica.

Dado en Roma, el 29 de abril de 1965, segundo año de nuestro pontificado.

## MARIA MADRE DE LA IGLESIA

"Es la primera vez que se ha dado el hecho — y al anunciarlo, nos conmovemos plenamente en los íntimo del alma —, de que un Concilio Ecuménico haya reducido, como a un solo cuerpo, y tan amplio, la doctrina católica acerca del lugar que se debe atribuir a la Bienaventurada Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Así lo dijo con firme convicción y con encendido afecto el Sumo Pontífice de Paulo VI, en su maravillosa alocución del final de la tercera etapa del Concilio Vaticano II. También se conmueve profundamente todo buen seguidor de Cristo, e hijo de la Iglesia, al saber esta consoladora realidad, y al oírla de labios del Papa. Exultantes de gozo hemos de estar cuantos deseamos venerar y amar con espíritu filial a la Virgen María. Y ello nos invita a celebrar este fausto acontecimiento de nuestros días, con un artículo dedicado expresamente a poner de manifiesto ese incomparable lugar de Nuestra Señora, Abogada y Madre, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, según el Concilio, y también según su Cabeza, el Sumo Pontífice.

Será oportuno recordar, ante todo, la prolija y animada discusión que hubo en el Aula Conciliar, y fuera de ella, sobre si se había de hacer una especial Constitución dogmática, aparte de las demás, acerca de la Virgen María; o si sería mejor incluir la doctrina del Concilio sobre la Virgen María dentro de la Constitución que versa acerca de la Iglesia. Había argumentos teológicos para lo uno y para lo otro. A todos los Padres les movía un ardiente deseo de honrar a la Santísima Madre

de Dios y Madre de los hombres, y de enaltecer sus prerrogativas y excelencias, poniendo en la más serena y resplandeciente luz, a la faz del mundo, lo que es María en el gran misterio de nuestra salvación, obrado por Cristo, y perpetuado en la Iglesia.

Al fin, por gran mayoría de votos, prevaleció la segunda posición; y así se ha incluido la doctrina católica acerca de la Virgen María dentro de la Constitución "de Ecclesia"; mas no como uno de tantos capítulos, mezclado, por decirlo así, entre los demás, sino al final de la misma Constitución, como brillante epílogo de ella, como su mejor corona.

Esto ha tenido la doble ventaja de poner muy en claro no tan sólo las relaciones de María con Cristo, sino también las que tiene con la Iglesia; y, además, la de preparar, con tan admirable cuerpo de doctrina, la proclamación de la Bienaventurada Virgen María como "Madre de la Iglesia", que como fruto sazonado y riquísimo de la Constitución Conciliar, hizo el Papa al promulgar solemnemente la Constitución del Vaticano II sobre la Iglesia.

Si place a los lectores de la Revista, haremos dos cosas: en primer lugar, tomaremos reverente y amorosamente en nuestras manos el Capítulo último de dicha Constitución, aprobada ya y promulgada por el Papa, y que tiene por título "la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia"; y de entre las demás cosas que tan preclaramente se dicen en dicho Capítulo acerca de la Virgen, señalaremos tan sólo las expresiones que directamente se refie-

ren a las relaciones de María con la Iglesia; y después de esto, en segundo lugar, escucharemos con profunda atención y con agradecido afecto las palabras magníficas con que el Papa, en la solemne Clausura de la tercera etapa del Concilio, hizo la esperada y ansiada proclamación de María, como Madre de la Iglesia; haciendo preceder esta proclamación de una oportunísima

introducción, y completándola, una vez hecha, con los fundamentos teológicos, sucinta pero claramente indicados, que la habían de presentar a toda la Iglesia y al mundo entero, como doctrina católica. Tras estas dos cosas añadiremos unas breves reflexiones sobre el valor dogmático de la memorable proclamación de "María, Mater Ecclesiae".

### I. La Virgen María y la Iglesia, según el Concilio Vaticano II

El Capítulo que con el epígrafe antes recordado, dedica el Concilio a la Virgen María, como corona de su Constitución sobre la Iglesia, tiene cinco párrafos: el primero es un Proemio; el segundo trata del "Oficio de la Bienaventurada Virgen María en la economía de la salvación"; el tercero tiene por título: "La Bienaventurada Virgen y la Iglesia"; el cuarto, como consecuencia, a la vez dogmática y práctica, versa sobre el "Culto de la Bienaventurada Virgen en la Iglesia", y el quinto y último es a manera de un himno final, encabezado con este epígrafe: "María, signo de esperanza y consuelo para el Pueblo de Dios peregrinante".

Entresaquemos de estos cinco párrafos lo que más directamente concierne a las relaciones de María con la Iglesia, aunque no aisladamente, sino en el soberano conjunto.

1.º En el Proemio se ponen los fundamentos solidísimos de todo lo demás, pues el Concilio nos recuerda estas tres verdades de nuestra fe: a) que "el benignísimo y sapientísimo Dios, al querer llevar a término la redención del mundo, 'cuando llegó la plenitud del tiempo, envió a su Hijo, hecho de mujer, ... para que recibiésemos la adopción de Dios'; 'el cual (el Unigénito del Padre) por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, descendió de los cielos, y se encarnó por obra del Espíritu Santo, de María Virgen'"; b) que "este misterio divino de salvación se nos revela y continúa en la Iglesia, a la que el Señor constituyó como su cuerpo; y en ella los fieles, unidos a Cristo, su Cabeza, en comunión con todos los Santos, deben también venerar la memoria, 'en primer lugar, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo'"; c) y que la Virgen María, a la vez que está unida con estrecho e indisoluble vínculo a Jesucristo Redentor; al mismo tiempo está unida en la estirpe de Adán con todos los hombres que han de ser salvados; lo primero, porque "según el anuncio del Ángel, recibió al Hijo de Dios en su corazón y en su cuerpo, y entregó la vida al mundo"; es, pues, "verdadera Madre de Dios Redentor, y redimida Ella misma, de un modo eminente, en atención a los futuros méritos de su Hijo"; y lo segundo, es decir su unión con nosotros, muy cerca de nosotros, porque "es verdaderamente Madre de los miembros de Cristo, a causa de que cooperó con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza; por lo que también es saludada como miembro sobreeminente, y del todo singular, de la Iglesia; su prototipo y modelo destacadísimo en la fe y en la caridad; y a quien la Iglesia Católica, enseñada por el Espíritu Santo, honra con filial afecto de piedad, como a *Madre amantísima*".

De todo esto deduce el Concilio su intento de que "al exponer la doctrina de la Iglesia, en la cual el Divino Redentor realiza la salvación, quiere aclarar cuidadosamente, tanto la misión de la Bienaventurada Virgen María en el misterio del Verbo Encarnado y del Cuerpo Místico, como los deberes de los hombres redimidos hacia la Madre de Dios, Madre de Cristo y Madre de los hombres, en especial de los creyentes". Y termina el Proemio, que a la vez es un diáfano y completo programa de todo el Capítulo, diciendo que María "en la Santa Iglesia ocupa, después de Cristo, el lugar más alto, y el más cercano a nosotros".

2.º En el párrafo segundo, "Oficio de la Bienaventurada Virgen en la economía de la salvación", desarrolla admirablemente el Concilio la unión íntima e indisoluble de María con su Divino Hijo en la obra de la salvación de los hombres. No tan sólo es la Madre del Salvador, sino que coopera con Él, antes y mejor que nadie, para que todos seamos salvos, es decir, para que alcancemos nuestro último fin sobrenatural.

"La Sagrada Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento y la venerable Tradición muestran en forma cada vez más clara el oficio de la Madre del Salvador en la economía de la salvación, y, por así decirlo, lo muestran ante los ojos". Recorre el Concilio, en primer lugar, los oráculos del Antiguo Testamento referentes a la Mujer insinuada proféticamente en la promesa de victoria sobre la serpiente, dada a nuestros primeros padres, caídos en pecado; a la Virgen que ha de ser Madre del Divino Mesías; a la que sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que de Él esperan confiadamente la salvación; y, en fin, a la excelsa Hija de Sión, con la que, tras larga espera de las promesas, se cumple la plenitud de los tiempos, y se inaugura la nueva economía, cuando el Hijo de Dios asumió de Ella la naturaleza humana, para librar al hombre del pecado, mediante los misterios de su carne".

Pasa en seguida el Concilio a mostrarnos la cooperación activa de María a nuestra salvación, ya antes de la Encarnación, aceptando el mensaje de Dios, y difundiendo así en el mundo la vida misma que renueva todas las cosas; y después en la vida toda de Jesús; ya en la ocultación de Nazareth, ya en los tres años de su ministerio apostólico, ya en su Pasión y Muerte; y después de su triunfo, implorando con sus ruegos el don del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, los Discípulos y las santas Mujeres, cenáculo primitivo de la Iglesia.

Omitimos el desarrollo o comentario de todo esto, pues no es ello precisamente lo que de un modo directo es el objeto de este artículo.

3.º En cambio, lo es, y plenamente, lo que el Concilio nos enseña en el párrafo tercero, que ya es, todo él, acerca de "La Bienaventurada Virgen y la Iglesia". He aquí, por su orden, las enseñanzas del Concilio sobre las relaciones de María con la Iglesia:

a) Es María, Madre nuestra en el orden de la gracia. Veámoslo, tal como lo expone el texto Conciliar: "Único es nuestro Mediador, según la palabra del Apóstol: 'Porque uno es Dios, y uno el Mediador de Dios y de los hombres, un hombre, Cristo Jesús, que se entregó a Sí mismo como prenda de rescate por todos'. Pero la misión maternal de María hacia los hombres, de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino que más bien muestra su eficacia. Porque todo el influjo salvífico de la Bienaventurada Virgen en favor de los hombres no es exigido por ninguna ley, sino que nace del Divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en su mediación; de ella depende totalmente, y de la misma saca toda su virtud; y, lejos de impedirle, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo. La Bienaventurada Virgen, predestinada desde toda la eternidad, cual Madre de Dios, junto con la Encarnación del Verbo, por designio de la Divina Providencia, fue en la tierra la esclarecida Madre del Divino Redentor, y en forma singular su generosa colaboradora entre todas las criaturas, y la humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo, mientras Él moría en la Cruz, cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia".

b) Cómo perdura siempre, y con qué oficios en bien nuestro, esta Maternidad espiritual de María. Sigamos citando al Concilio: "Y esta Maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde que prestó fiel asentimiento en la Anunciación, y lo mantuvo sin vacilación al pie de la Cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos. Pues una

vez recibida en los cielos, no dejó su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos, por su múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación. Por su amor materno cuida de los hermanos de su hijo, que peregrinan, y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado, hasta que sean llevados a la Patria feliz. Por eso la Bienaventurada Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, sin embargo, se entiende de manera que nada quite ni agregue a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador. Porque ninguna criatura puede compararse jamás con el Verbo Encarnado, nuestro Redentor; pero así como el Sacerdocio de Cristo es participado de varias maneras, tanto por los ministros como por el pueblo fiel; y así como la única Bondad de Dios, se difunde realmente en formas distintas en las criaturas, así también la única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en sus criaturas una múltiple cooperación, que participa de la fuente única. La Iglesia no duda en atribuir a María un tal efecto subordinado; lo experimenta continuamente, y lo recomienda al corazón de los fieles, para que apoyados en esta protección maternal, se unan más íntimamente al Mediador y Salvador".

c) Unión íntima de María con la Iglesia; en qué se funda, y cómo se realiza por parte de María y por parte de la Iglesia. Lo expone así el texto: "La Bienaventurada Virgen María, por el don y la prerrogativa de la Maternidad Divina, con la que está unida al Hijo Redentor, y por sus singulares gracias y dones, está unida también íntimamente a la Iglesia. La Madre de Dios es tipo de la Iglesia, como ya enseñaba San Ambrosio; a saber: en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo. Porque en el misterio de la Iglesia, que con razón también es llamada madre y virgen, la Bienaventurada Virgen María precedió, mostrando en forma eminente y singular, el modelo de la virgen y de la madre; pues creyendo y obedeciendo, engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre; y esto, sin conocer varón; cubierta con la sombra del Espíritu Santo; como una nueva Eva, practicando una fe, no adulterada por duda alguna, no a la antigua serpiente, sino al mensaje de Dios. Ella dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó como primogénito entre muchos hermanos, a saber: los fieles, a cuya generación y educación coopera con materno amor".

d) La Iglesia, a su vez, sigue e imita a la Virgen María. "Ahora bien, la Iglesia, contemplando la arcana santidad de María, e imitando su caridad, y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, también ella es hecha madre por la palabra de Dios fielmente recibida. En efecto, por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo, y nacidos de Dios. Y también ella es virgen, que custodio pura e íntegramente la fe prometida al Esposo; e imitando a la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente la fe íntegra, la sólida esperanza, la sincera caridad".

e) Frutos de esta unión entre María y la Iglesia, para todos los fieles y para la Iglesia misma en su vida de santidad, y en su obra apostólica. Lo enseña así el Concilio: "Mientras que la Iglesia en la Beatísima Virgen ya llegó a la perfección, por la que se presenta sin mancha ni arruga, los fieles, en cambio, todavía se esfuerzan en crecer en la santidad, venciendo al pecado; y por eso levantan sus ojos hacia María, que brilla ante toda la comunidad de los elegidos, como modelo de virtudes. La Iglesia, reflexionando piadosamente sobre María, y contemplándola en la luz del Verbo hecho hombre, llena de veneración, entra más profundamente en el sumo misterio de la Encarnación, y se asemeja más y más a su Esposo. Porque María, que habiendo entrado íntimamente en la historia de la Salvación, en cierta manera une en Sí y refleja las más grandes exi-

gencias de la fe, mientras es predicada y honrada, atrae a los creyentes hacia su Hijo y su sacrificio, y hacia el amor del Padre. La Iglesia, a su vez, buscando la gloria de Cristo, se hace más semejante a su excelso tipo, María, progresando continuamente en la fe, la esperanza y la caridad, buscando y obedeciendo en todas las cosas la divina voluntad. Por lo cual, también en su obra apostólica, con razón la Iglesia mira hacia Aquella que engendró a Cristo, concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen, precisamente para que por la Iglesia nazca y crezca también (el mismo Cristo) en los corazones de los fieles. La Virgen, en su vida, fue ejemplo de aquel afecto materno con el que es necesario estén animados todos los que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan para regenerar a los hombres".

Así termina este magnífico párrafo.

4.º Y sigue el cuarto, que versa sobre el "Culto de la Bienaventurada Virgen en la Iglesia". En él propone el Concilio la consecuencia, a la vez dogmática y práctica, de todo lo anterior. La enseñanza que aquí da el Concilio es aptísima para disipar todo confucionismo, prevenir y evitar errores, poner en su punto las cosas todas referentes al Culto a la Madre de Dios y Madre nuestra. Se dan los motivos más sólidos de este Culto; se proclama su antigüedad veneranda, y su eficacia santificadora; se hace ver cómo todo el Culto tributado a María, cuando se funda en la fe y se atiene a las normas de la Iglesia, cede en honra de Cristo y lleva a los fieles más segura y eficazmente al amor, imitación y obediencia del Redentor. Por todo lo cual exhorta el Concilio a una práctica ilustrada y enteramente recta, sin estrecheces y sin exageraciones, del Culto a la Virgen María y de su verdadera devoción. Y termina con estas preciosas y provechosísimas palabras: "Recuerden, pues, los fieles que la verdadera devoción no consiste en un afecto estéril y transitorio, ni en vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, por la que somos conducidos a conocer la excelencia de la Madre de Dios, y somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre, y a la imitación de sus virtudes". ¿Qué código tan breve y tan completo, tan prudente y tan sólido para el Culto y devoción a la Virgen María!

5.º El último párrafo, titulado "María, signo de esperanza y consuelo para el Pueblo de Dios peregrinante", es tan bello y tan ardiente; y en su brevedad es tan denso de doctrina y de afecto, que lo mejor será copiarlo íntegramente: "Entre tanto, la Madre de Jesús, de la misma manera que ya glorificada en los cielos en cuerpo y en alma, es la imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada en el futuro siglo; así en esta tierra, hasta que llegue el día del Señor, antecede con su luz al Pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y de consuelo. Ofrece gran gozo y consolación para este Sacrosanto Sínodo, el hecho de que tampoco falten entre los hermanos separados quienes tributan debido honor a la Madre del Señor y Salvador, especialmente entre los orientales, que corren parejas con nosotros por su impulso fervoroso y ánimo devoto en el Culto de la siempre Virgen y Madre de Dios. Ofrezcan todos los fieles súplicas insistentes a la Madre de Dios y Madre de los hombres, para que Ella, que estuvo presente a las primeras oraciones de la Iglesia, ahora también, ensalzada en el cielo sobre todos los bienaventurados y los ángeles, en la comunión de todos los Santos, interceda ante su Hijo, para que las familias de todos los pueblos, tanto los que se honran con el nombre de cristianos, como los que aún ignoran al Salvador, sean felizmente congregados con paz y concordia en un sólo, Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e Individua Trinidad". Demos gracias a Dios por haber llenado de luz tan segura nuestras almas. Este Capítulo vale por muchos libros sobre la Virgen María.

## II. Proclamación de María, Madre de la Iglesia, por el Papa.

Fue, como es sabido, en la preclarísima alocución del Papa durante el Santo Sacrificio de la Misa, que concelebró con los Prelados de los más insignes Santuarios Marianos, para dar término a la tercera etapa del Concilio.

Los Sumos Pontífices que durante más de un siglo han precedido a Paulo VI, le habían preparado providencialmente esta solemne proclamación; pues ellos, contestes con las enseñanzas de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, habían dado a

la Virgen María este mismo título de Madre de la Iglesia, y de los hombres, Madre de los creyentes, Madre de los miembros de Cristo, Madre del Cuerpo Místico de Cristo; los cuales títulos, lo mismo en la Tradición y en el Magisterio Eclesiástico, que en la Sagrada Liturgia, en la exposición de los Doctores y Teólogos y en la fe de los cristianos, significan una verdadera causalidad en el orden de la vida de la gracia, y una verdadera maternidad de María, ya cuanto a toda la Iglesia, ya cuanto a cada uno de los fieles.

Por vía de ejemplo, oigamos a San Agustín: “¿Cómo no pertenecéis al parto de la Virgen, cuando sois miembros de Cristo?” (Serm. 182, 2); y a San León Magno: “La generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano, y el nacimiento de la Cabeza es el nacimiento del cuerpo... El universal conjunto de los fieles, nacidos en la fuentes del bautismo, así como en la Pasión fueron crucificados con Cristo, y en la Resurrección fueron resucitados, y en la Ascensión colocados a la diestra del Padre, así con el mismo Cristo nacieron juntamente con Él en este Nacimiento” (Serm. 6 in Nat. Dom.). Y de parecida manera estos mismos Santos Padres y otros, en multitud de pasajes de sus obras.

Y resuene también la voz de los Papas recientes. León XIII: “Verdaderísimamente María es Madre de la Iglesia” (Enc. *Adiutricem populi*); S. Pío X: “¿Pero es que María no es Madre de Cristo?; pues por consiguiente también es Madre nuestra... Así pues, en un mismo seno castísimo de la Madre Virgen, a la vez que Cristo asumió la carne para Sí, juntó su Cuerpo espiritual” (Enc. *Ad diem illum*); y así los demás Papas de estos tiempos.

El mismo Paulo VI, al dirigirse a los Padres del Concilio, el 11 de octubre de 1963, ya había mostrado su ardiente deseo de que María fuese reconocida por el Concilio, como Madre de la Iglesia: “Oh María, mira a la Iglesia; mira a los miembros más responsables del Cuerpo Místico de Cristo, reunidos en torno a Ti, para reconocerte y ensalzarte como su mística Madre... Haz, oh María, que esta Iglesia, que lo es de Cristo y tuya, al definirse a sí misma, te reconozca a Ti por su Madre... y por su incomparable modelo, su gloria, su gozo y su esperanza”. Sus ardientes anhelos se los cumplió el Señor, pues le oyó la Virgen.

He aquí de qué manera empieza Paulo VI, en la mencionada alocución, y después de haber promulgado solemnemente la Constitución del Concilio sobre la Iglesia, la introducción a lo que iba a realizar entonces mismo: “Dicho todo lo anterior, y antes de poner fin a estas Nuestras palabras, otra cosa, propuesta ya, suavemente toca Nuestro pensamiento. Es decir, Venerables Hermanos, no podemos menos de volver el pensamiento, y con ánimo ciertamente sincero y agradecido, como a hijos corresponde, también a la Beatísima Virgen María, a Aquella, digo, a la que tenemos como amparadora de este Concilio, testigo de nuestros trabajos, consiliaria amabilísima; pues al celestial patrocinio de Ella y de San José, fueron consagradas desde el comienzo las reuniones del Concilio.

Y después de hacer mención del obsequio de devoción que los Padres del Concilio juntamente con él habían presentado a la Alma Madre de Dios en su Basílica de Santa María la Mayor, el año anterior; pasa ya a proponer lo que está en la mente de todos, y va a realizar: “Pero este año el honor que el Concilio desea rendir a la Virgen María es de mucha mayor magnificencia y mucho más significativo; pues al promulgar hoy esta Constitución sobre la Iglesia, de la cual es como el fastigio y cabeza todo el capítulo que versa sobre la Bienaventurada Virgen María, nos es lícito afirmar con todo derecho que esta tercera Sesión del Concilio va a tener su final como con un himno incomparable con el que se celebran las alabanzas de la Virgen Madre de Dios.

En seguida, y tras las palabras con que dimos comienzo a este artículo, resume en unos magníficos párrafos, densos de doctrina, todo lo que el Concilio ha votado sobre la Virgen María, y que sirve a maravilla para proceder a la proclamación subsiguiente. Dice así: “Esto (es decir, el haber reunido el Concilio, como en un solo cuerpo, y tan amplio, la doctrina católica acerca del lugar que se debe atribuir a la Bienaventurada Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia), consueña ple-

namente con las cosas que este Concilio se propuso, pues que tiene todo empeño en mostrar el rostro de la Santa Iglesia, a la que la Madre de Dios está estrechamente unida, y de la cual, según escribió agregiamente un autor, es la porción máxima, la porción mejor, la porción principal, la porción escogidísima (Rupertus, in Apoc., I, VII, c. 12).

“Porque, en verdad, la Iglesia misma no está constituida tan sólo por su orden jerárquico, por la sagrada liturgia, por los sacramentos, por la contextura de sus instituciones; sino que su íntima fuerza y propiedad, la fuente principal de la eficacia con que santifica a los hombres, está puesta en su mística conjunción con Cristo; la cual conjunción no podemos ciertamente entenderla separada de Aquella que es la Madre del Verbo Encarnado, y a la cual el mismo Cristo se la asoció íntimamente para procurar nuestra salvación”.

“Por consiguiente, al poner los ojos en la Iglesia misma, es necesario que con amante ánimo contemplemos las maravillas, que Dios ha obrado en su Santa Madre. Y este conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre la Bienaventurada Virgen María siempre será un subsidio eficaz para entender rectamente el misterio de Cristo y de la Iglesia”.

“Considerando estas estrechas relaciones, con las que María y la Iglesia están unidas entre sí, y que son las que en esta Constitución del Concilio han sido expuestas con tanta lucidez, ellas mismas Nos persuaden a considerar que ha llegado el momento solemnísimos y sumamente oportuno de cumplir el deseo, que ya en el final de la anterior Sesión significamos, y que muchísimos Padres asimismo compartieron, al rogar instantemente que dentro de este Concilio se anunciase con expresas palabras el oficio materno, que la Bienaventurada Virgen María ha de ser honrada, y que ha sido pedido de varias partes del orbe católico, y que a Nos es de manera peculiar acepto y grato; ya que con cierta admirable brevedad expresa el eximio lugar, que este Concilio ha reconocido ser propio de la Virgen en la Iglesia”.

Después de todo esto, y preparados ya los ánimos con tan sólidas razones y tan encendidos afectos, procedió el Papa a la proclamación, en esta forma:

“Por lo tanto, para gloria de la Bienaventurada Virgen y consuelo de todos nosotros, declaramos a María Santísima MADRE DE LA IGLESIA, es decir, de todo el pueblo cristiano, tanto de los fieles como de los Pastores, que la llaman Madre amantísima; y establecemos que con este suavísimo nombre ya desde ahora todo el pueblo cristiano rinda honor, más que hasta ahora, a la Madre de Dios, y le presente sus súplicas”.

Razona a continuación el Papa, y sólidamente corrobora lo que acaba de proclamar; y lo hace con unas expresiones tan llenas de fe y de amor, tan claramente dichas, que no nos resignamos a dejar de traducirlas y presentarlas a nuestros lectores. Dice así Paulo VI:

“Se trata, Venerables Hermanos, de una apelación o denominación no desacostumbrada a la piedad de los cristianos; más aún, preferentemente con este nombre de Madre los fieles de Cristo y la Iglesia toda se complace en invocar a María. Porque, en verdad, este nombre pertenece al significado propio y recto de la piedad Mariana, ya que se funda firmemente en la dignidad misma de que María está dotada, por cuanto es Madre del Verbo de Dios Encarnado”.

“Porque así como la divina Maternidad es la causa de que María tenga relaciones del todo singulares con Cristo, y de que Ella misma esté presente en la obra de la humana salvación, ya realizada por Cristo Jesús; así juntamente de la divina Maternidad fluyen principalmente aquellas relaciones que intervienen entre María y la Iglesia; puesto que María es Madre de Cristo, el cual al mismo tiempo que asumió la naturaleza humana en el seno virginal de Ella, se asoció, como a Cabeza, su Cuerpo Místico, que es la Iglesia; María por lo tanto, ya que es Madre de Cristo, ha de ser tenida también como Madre de los fieles y Pastores todos, es decir de la Iglesia.”

“De aquí procede la causa de que todos nosotros, aunque indignos, aunque débiles, pero, sin embargo, con ánimo confiado y ardiendo en amor de hijos, levantemos los ojos hacia Ella. La que en otro tiempo nos dio a Jesús, fuente de la suprema

gracia, Ella misma no puede menos de prestar su maternal ayuda a la Iglesia, mayormente en este tiempo, en el que la Esposa de Cristo se esfuerza con más animado afán por llevar a la cima su misión salvadora."

"Ahora bien, para nutrir y confirmar más esta esperanza, Nos persuaden aquellos estrechísimos vínculos, que enlazan a esta nuestra celeste Madre y al género humano. Aunque ha sido favorecida plenísimamente por Dios con amplísimos y admirables dones, con el fin de que fuese hecha digna Madre del Verbo Encarnado; sin embargo, María está cerquísima de nosotros. Como nosotros, también Ella es hija de Adán; y por lo mismo también Hermana nuestra por la común naturaleza humana; fue ciertamente inmune de la mancha original por los futuros méritos de Cristo; pero Ella misma, recibidos los dones divinos, añadió el ejemplo de su propia perfecta fe, de tal manera que mereciese el encomio evangélico: 'Bienaventurada la que creíste'."

"En esta vida mortal expresó la forma del perfecto discípulo de Cristo; fue espejo de todas las virtudes; y refundió en sus costumbres plenamente aquellas Bienaventuranzas que por Cristo Jesús fueron predicadas. De lo cual resulta que la Iglesia universal, mientras desarrolla su multiforme vida y su activa solicitud, ha de tomar de la Virgen Madre de Dios el completísimo ejemplo, con el que imite perfectamente a Cristo."

"Por lo que a nosotros toca, así como obedeciendo a la exhortación de Nuestro Predecesor Juan XXIII, ya al comienzo nos reunimos en esta aula del Concilio juntamente 'con María, Madre de Jesús', así igualmente saldremos de este templo en el santísimo y suavísimo nombre de María, Madre de la Iglesia."

"Y para tertimoniar el agradecido y perpetuamente recordado ánimo por el materno auxilio que María nos ha dado en el decurso de esta Sesión; cada uno de vosotros, Venerables Hermanos, procure ensalzar con más empeño ante el pueblo cristiano el nombre y el honor de María, y proponer, para la imitación, el ejemplo de Ella, cuanto a la fe, cuanto a corresponder obsequiosamente y con prontitud a cualquier inspiración de la gracia celestial, en fin, cuanto a conformar plenamente la vida a los preceptos y al impulso de la caridad de Cristo; y ciertamente de tal manera, que todos los fieles (unidos entre sí en el nombre de la común Madre, se sientan más y más firmes en la profesión de la fe y en el seguimiento de Cristo Jesús; y juntamente vivan inflamados en más ardiente caridad para con los hermanos, promoviendo el amor de los pobres, el cuidado de la justicia, y la tutela de la paz. Y como ya lo amonestaba agregiamente el gran San Ambrosio, 'esté en cada uno el alma de María para que engrandezca al Señor; esté en cada uno el espíritu de María para que se regocije en Dios' (Exo. in Lc., 2, 26)."

"Lo que principalmente anhelamos que se ponga en preclara luz es esto: que María, la humilde esclava del Señor, pertenece toda Ella a Dios y a Cristo Jesús, único Mediador y Redentor nuestro. Y al mismo tiempo deseamos que se explique con toda claridad cuál sea la verdadera naturaleza del culto a que se debe dar, y con qué finalidad, a la Virgen María; y esto mayormente en aquellas regiones donde moran muchos hermanos separados de nosotros, para que cuantos vivan fuera del seno de la Iglesia Católica, entiendan plenamente que la piedad para con la Virgen Madre de Dios no se para o tiene la razón de ser en sí misma, sino como un subsidio que por su misma naturaleza conduce los hombres a Cristo, y los une con el Eterno Padre Celestial, en el vínculo de la caridad del Espíritu Santo."

"Y ahora, mientras con ardiente súplica levantamos el alma a la Bienaventurada Virgen María, para que con su intercesión consiga todo bien al Concilio Ecuménico y a la Santa Iglesia; y apresure el tiempo en que todos los seguidores de Cristo se unan de nuevo entre sí; se vuelven Nuestros ojos a todo el universal orbe de la tierra, que se extiende como en una inmensidad; al orbe de la tierra, decimos, a cuya consideración dirige este Sínodo Ecuménico sus animosos y amantísimos cuidados; el

orbe que asimismo Nuestro Predecesor Pío XII, de venerable memoria, y no sin celeste inspiración, consagró con solemne rito al Inmaculado Corazón de la Virgen María. Este santísimo obsequio de devoción creemos que es equitativo sea conmemorado de una manera singular por Nos en este día. Así pues, movidos con igual intento, hemos decretado enviar, por medio de una Legación destinada a ello expresamente, la Rosa de Oro al templo de Fátima, no sólo tan querido para el pueblo de la noble Nación de Portugal — al que siempre, pero hoy principalmente tenemos como dilectísimo — sino también tan conocido y venerado por todos los fieles de la familia católica. Por lo tanto también Nos de la misma manera confiamos a la tutela de la Madre Celestial el universo género humano, para que lo proteja con todas sus dificultades y angustias, sus justos deseos y sus ardentísimas esperanzas".

"Oh Virgen María, Madre de Dios, Madre augustísima de la Iglesia, a Ti encomendamos la universal Iglesia y el Concilio Ecuménico."

"Tú, que con suave denominación eres llamada 'auxilio de los Obispos', guarda a los sagrados Pastores en el cumplimiento de su oficio; y asísteles, juntamente con los sacerdotes, los religiosos, y los fieles del orden de los laicos, cuantos contribuyen con su trabajo a la ayuda de ellos en sostener las arduas ocupaciones de su oficio pastoral."

"Tú, que por el mismo Divino Salvador, Hijo Tuyo, moribundo en la Cruz, fuiste confiada como Madre amantísima al discípulo, que Él amaba, acuérdate del pueblo cristiano, que se entrega a Ti."

"Ten presentes a todos Tus hijos; añade a las preces de ellos Tu singular valimiento y autoridad ante Dios; guarda íntegra y constante la fe de ellos, fortalece su esperanza, enciende su caridad."

"Acuérdate de los que viven en las angustias de los acontecimientos, en medio de dificultades y de peligros; y acuérdate principalmente de los que sufren vejaciones, y de los que están en las cárceles por la fe cristiana. Impetra a ellos, Virgen Madre, fortaleza de alma, y acelera el día deseado de su justa libertad."

"Vuelve Tus benignísimos ojos a nuestros hermanos separados y Te complazcas en que por fin mutuamente de nuevo nos unamos, Tú que engendraste a Cristo, puente y artífice de la unión entre Dios y los hombres."

"Oh templo de la incontaminada y nunca oscurecida luz, ruega a Tu Unigénito Hijo, por el cual ahora hemos recibido la reconciliación con el Padre (cf. Rom., 5, 11), que tenga misericordia de nuestros errores, aparte las discordias de todo género, dé a nuestras mentes el gozo de amar a los hermanos."

A Tu Inmaculado Corazón, oh Virgen Madre de Dios, encomendamos el humano linaje universal; llévalo a Cristo Jesús, al que ha de ser reconocido como único verdadero Salvador; aparte de él las calamidades que llevan consigo los pecados, y consíguele la paz, que consiste en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el amor."

"Finalmente concede a la universal Iglesia que, al celebrar este gran Sínodo Ecuménico, pueda cantar al Dios de las misericordias un solemne himno de alabanza y de acción de gracias; himno de alegría y de exultación, porque hizo por Ti cosas grandes el que es poderoso, oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María."

Todo lo que precede lo hemos traducido directamente del original latino, en obsequio a los lectores de CRISTIANIDAD.

Y añadamos ahora: si el Papa Paulo VI dijo, y con toda razón, que ningún Concilio Ecuménico había reducido a un solo cuerpo de doctrina, y tan amplio, como lo ha hecho el Vaticano II, la doctrina católica sobre la Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia; también nosotros podemos decir con ánimo gozoso y agradecido, y también con pleno motivo, que ningún aPpa ha dado una síntesis tan luminosa y completa de todo lo más alto lo más práctico de la Teología Mariana, como Paulo VI. Demos gracias a Dios.

### III. Valor dogmático de la proclamación hecha por el Papa

Como breve conclusión de este artículo, se ofrece esta pregunta: ¿qué valor dogmático tiene esta proclamación de la Virgen María como Madre de la Iglesia? Respondámos clara y resueltamente.

Cierto que propiamente no ha sido una definición dogmática del Sumo Pontífice. Pero tampoco hacía falta que lo fuese para que esta proclamación goce de la prerrogativa de la infalibilidad. Veamos brevemente ambas cosas.

a) Las definiciones dogmáticas de los Papas, ya de ellos solos, ya de ellos con los Concilios, han sido necesarias y oportunas cuando en la Iglesia ha habido controversias y disputas sobre alguna doctrina teológica. Entonces era sumamente propio del Juez supremo en materias de fe y costumbres, dirimir la contienda, fallar resolutivamente, definir como verdad revelada por Dios lo que, a pesar de algunas impugnaciones, se demostraba ciertamente pertenecer al sagrado propósito de la divina revelación, confiado por Cristo a la Iglesia. Pero en nuestro caso no sucedía así; y por lo mismo no era necesaria una definición "ex cathedra". Así se dice clara y doctamente en el opúsculo "La question Mariale", editado hace dos años, y en que leemos lo siguiente: "La *Maternidad espiritual de María* es una doctrina segura...; es una verdad que se ha impuesto sin ninguna querrela, controversia o contradicción...; como si Dios mismo hubiese querido poner al abrigo de disputas o discusiones esta doctrina, toda suavidad... En definitiva, tenemos aquí uno de los casos más manifiestos de consentimiento universal que haya habido en la Iglesia. El Magisterio de los Papas ha dado a esta doctrina las repetidas garantías más a propósito para asegurar plenamente nuestra certeza en lo esencial; y hasta tal punto, que una definición sobre esta materia parecería superflua". (La *Maternité spirituelle de Marie dans la tradition vivante de l'Eglise*; Rap. doctrin. VIII Congr. Mar. Internat., 1961, pg. 26, 27; Lethielleux, París, 1963).

b) Declaremos, para terminar, el significado y el valor dogmático de este consentimiento universal, que hacía innecesaria, y aun superflua, una definición "ex cathedra". Y así veremos mejor que la proclamación de la Virgen María, como Madre de la Iglesia, tiene todas las garantías de la infalibilidad, en el sentido que lo ha hecho el Papa Paulo VI.

Repetidamente nos ha dicho el Sumo Pontífice que María es Madre de la Iglesia porque es Madre, en el orden espiritual, en el orden de la gracia, de todos los hombres, redimidos por su Divino Hijo; Madre más especialmente de todos los creyentes, los fieles y los Pastores, de los cuales consta la Iglesia; son ellos en su conjunto la Iglesia misma.

Es que, en realidad, no puede dejar de ser verdad católica, verdad de fe, la que ha sido profesada por una universal y antiquísima tradición, declarada después y desarrollada siempre según la norma del sentido verdadero eclesiástico y católico, es decir según el Magisterio de la Iglesia, propuesto y enseñado por muchos Sumos Pontífices constantemente, por largo tiempo y repetidas veces. Y tal es la doctrina de que María es Madre del Cuerpo Místico de Cristo, o sea de la Iglesia. Sobre este solidísimo e infalible fundamento se levanta, como una alta cúpula del templo de la verdad católica, esta consoladora verdad, proclamada solemnemente por el Papa.

Es sabido que no basta "prestar el asentimiento de la fe tan solo a los dogmas definidos expresamente por la Iglesia" (Denz., 1683); y como dice el ilustre P. Guibert (De Eccl., n. 314, p. 261),

"aunque el magisterio ordinario del Romano Pontífice no sea por sí mismo infalible, con todo si de una manera constante, por un espacio de tiempo suficientemente largo, sucesivos Papas proponen reiteradas veces y enseñando a la Iglesia, una misma doctrina, debe ser admitida por completo la infalibilidad de tal magisterio ordinario, adornado de tales insignes señales". Pues muchísimo más, si, además del magisterio Pontificio, vemos que una doctrina es recibida y enseñada de ordinario y de consumo por los Obispos de la Iglesia, en comunión con el Papa, es profesada sin vacilar por el pueblo cristiano, y se expresa magníficamente en las Sagradas Liturgias de Oriente y Occidente. Y tal es la de la Maternidad espiritual de María sobre los hombres, en especial sobre los creyentes, fieles y Pastores, es decir sobre la Iglesia. Por más de un siglo han venido enseñando esta verdad los Sumos Pontífices; la han recibido reverentemente otros muchos sagrados Pastores, que la han promovido con gran diligencia, y los mismos fieles de Cristo la han profesado y la profesan fielmente bajo la guía del Magisterio eclesiástico; de consiguiente tal verdad presenta las clarísimas señales de la infalibilidad.

"Es un hecho (escribe el insigne Mariólogo Dr. J. Esquerda), un hecho, por decirlo así, *eclesial*, irrefutable, que los Pastores y los fieles, fundándose en la Sagrada Escritura a *María Madre* de todos los fieles" (Sancta Maria, Ecclesiae Mater; Soc. Mar. Hisp., Madrid, 1964, pg. 42).

Con razón, pues, y con plena seguridad, pudo decir uno de los más egregios Mariólogos de nuestro tiempo, P. José A. de Aldama, S. I., en su perfecta Mariología, de la "Sacrae Theologiae Summa" de la BAC, pg. 413, estas palabras: "Que María sea en un verdadero sentido Madre espiritual de los hombres, es de fe divina y católica, por el Magisterio ordinario y por la profesión universal de la Iglesia".

Y ya antes, (pg. 409), había escrito: "Nada hay tan querido en la doctrina católica como el llamar a la Bienaventurada Virgen María Madre de los hombres. Y cierto que este título presenta una gran prerrogativa de la Virgen en el orden sobrenatural; pues por esta prerrogativa la vida espiritual de la gracia santificante se comunica a todos los hombres por la Virgen María, por medio de una acción que aptamente es denominada maternal. Y con todo cuidado hay que atender al doble estadio, en el que esta maternidad espiritual es ejercitada. Porque, en primer lugar, la Virgen es Madre de todos los hombres como globalmente, es decir de todos los que serán miembros del Cuerpo Místico de Cristo, y en aquella medida en que serán miembros de Cristo; y después es Madre de cada uno, de hecho, desde el momento en que cada uno es inserto en el Cuerpo Místico de Cristo por el bautismo. El primer estadio pertenece a la realización de la misma Redención, y por lo mismo se pertenece a la aplicación de los frutos de la Redención, y coincide con la distribución de las gracias por María".

Así pues, con suma exultación y regocijo, y a la vez con plenísima seguridad, recibamos la proclamación hecha por el Papa Paulo VI; tengamos a la Virgen María, Madre de Dios, por Madre nuestra y Madre de la Iglesia; invoquémosla con confianza con este preciosísimo título; y digámosle con la misma Iglesia: "Monstra Te esse Matrem", muestra que eres Madre.

ROBERTO CAYUELA, S. J.



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Junio - 1965

**GENERAL:** Que la integridad en la Fe no sea obstáculo, sino estímulo, para la unión de los hermanos separados con la Sede Apostólica.

**MISIONAL:** Que haya buenos maestros en las Misiones

# EL SENTIDO DE LA HISTORIA Y EL MENSAJE DE FATIMA

El Papa Pío XII, con una frase corta y luminosa, centró el núcleo de toda la teología de la historia: “*Dios ha creado el mundo y lo transforma para hacer santos, sólo para esto*”.

Cuando se entiende esta verdad primaria, se derrumban solos los mitos racionalistas del progreso indefinido y del marxismo. Al fin y al cabo — y nada más — groseros materialismos. Aunque se empavonen con tópicos tan manidos como los “derechos de la persona humana”, la “dignidad humana”. Porque estos “derechos”, esta “persona humana” y esta “dignidad”, para un católico, no se pueden entender con la ambigua confusión que une a la ideología de la Revolución Francesa y de las aperturas a la izquierda la verdad evangélica. Por no clasificar esto, ¿se ha meditado lo que ciertas tendencias nominalmente católicas han contribuido a derrotas de la Iglesia?

No basta repetir frases exactas que son diversamente interpretadas, porque responden a ideas totalmente contradictorias. Ni siquiera agarrarse a textos pontificios, interpretados fragmentariamente y aplicados al campo económico y social, pero tragándose dogmas políticos incompatibles con la doctrina católica. Así, muchos católicos hicieron el juego al capitalismo y hoy al marxismo.

El verdadero opio es engañar hombres y pueblos haciéndoles olvidar su destino sobrenatural. El gran ataque contra la Iglesia es reducirla a medidas temporales. La mentira por excelencia es persuadir que la historia está trenzada por un evolucionismo que lleva fatalmente al progreso continuo.

## Las grandes advertencias

No es difícil hacer un paralelismo entre los mensajes celestiales y los grandes desvíos humanos. Stuart Mill, en 1858, publica el “Ensayo sobre la libertad”, y Darwin el “Origen de las especies”. En el mismo 1858, suceden las apariciones de Lourdes, apariciones de la Inmaculada que recuerdan la verdad del pecado original — inconciliable con el liberalismo — y la divina realidad de la gracia santificante, de la filiación divina, frente al evolucionismo materialista.

En 1917, el comunismo se entroniza en Rusia apoyado por el gran capitalismo mundial. También en 1917, ocurren las apariciones de Fátima, que nos muestran, con irrefutable evidencia, el sentido divino de la historia. Si el comunismo es la promesa atópica del paraíso terrestre, la superstición idolátrica del nuevo esfuerzo humano y el esclavismo total, el mensaje de Fátima se desenvuelve totalmente en las grandes afirmaciones eternas y enteras del mensaje de salvación. Veámoslo.

## Fátima es esto

La Virgen en Fátima recuerda que el problema capital para el hombre y la humanidad es la salvación eterna. Para ello, las videntes se Fátima contemplan

“...un gran mar de fuego. Dentro de este mar, estaban sumergidos, negros y ardeintes, los demonios y almas en forma humana, semejantes a brasas transparentes. Sostenidas en el aire por las llamas, caían por todas partes, igual que las chispas en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre grandes gritos y aullidos de dolor y desesperación... Los demonios se distinguían de las almas humanas por sus formas horribles y repugnantes de animales espantosos y raros, pero transparentes, igual que carbones encendidos.”

Con toda firmeza, apoyados en el Evangelio y en el mensaje de Fátima, creemos que la verdad social más importante es recordar y predicar el destino inmortal del hombre. ¡Qué equivocados los pseudo apostolados que no se atreven a hablar de Dios, del pecado, de la eternidad! ¡Qué complejos más mundanos los que opinan debe comenzarse la iniciación cristiana con temarios irónicos, con temporalismos alicortos, con reformas harto exteriores!

El P. Lombardi, en 28 de diciembre de 1953, en el Congreso de Salerno, en la Italia actual con sus decisivas y pavorosas amenazas, ha dicho:

“Los predicadores son, por vocación, defensores de Dios y de la moral. ¿Qué es lo que se predica? No estamos predicando ciencias químicas. El predicador católico es un hombre que defiende a Dios y a la verdad, orientándola hacia la vida moral. Pues bien, hemos encontrado un planteamiento muy extendido en el cual se traiciona la suma verdad, que es Dios, por una profunda inmoralidad que es ligarse a las pequeñas cosas del mundo, como suprema finalidad. Se encuentran, pues, juntos los dos polos: la negación de Dios y la exaltación de lo inmoral, porque la criatura convertida en fin último es inmoral. ¿Cómo puede el predicador no ocuparse de esto?...”

Os aseguro que he visto las plazas llenas y aún había que poner altavoces en las calles, cuando he hablado del infierno y de las grandes ideas... Debemos insistir en esta verdad. La persona que está segura que la muerte para ella es el principio de la vida, tiene otra psicología, otro modo de vivir.

Bien, estamos de acuerdo. Pero en la práctica... ¿Cómo hacer penetrar la idea de la vida eterna en quien está siempre con la televisión o la radio, come y bebe cuanto quiere y fuma lo que se le antoja?... No se encuentra la oportunidad.

Pues bien, se necesita al Espíritu Santo.

Este es el punto en el que quería hacer más hincapié: necesitamos una predicación de hombres de Dios; tened paciencia, de hombres que crean, que hayan fusionado toda su personalidad con estas ideas. ¿Cómo se podría hacer de otro modo?”

Cuanto nos dice el P. Lombardi, a cuarentiséis años vista, nos lo evidencia el mensaje de Fátima. El problema primero y esencial del hombre es la salvación, la eternidad. Por tanto, éste también debe ser la primera preocupación de toda la sociología y apostolado social. Da pena, por lo mismo, que tantos encuestadores y orientadores sin oriente — frase de Torras y Bages —, parece que soslayan la esencia del sentido de la historia, que es la única y verdadera idea fuerza para superar todo liberalismo y marxismo. Es una lástima grande cambiar la medicina segura por el comadreo del cataplasma del curandero osado.

Repetimos con Pío XII: *“Dios ha creado el mundo y lo transforma para hacer santos, sólo para esto”*. ¿No nos recuerda esto el mensaje de Fátima? ¿Si el mensaje de Fátima estuviera presente en el pensamiento católico del siglo XX, nos habríamos atascado donde estamos?

### Primacía de lo sobrenatural

La Virgen, en Fátima, nos dice claramente el medio divino de obtener la gracia: la devoción al Corazón Inmaculado.

En la devoción, a la altura de Fátima, la Virgen promete la salvación de las almas y la paz. De no atenderse, la Virgen anunció la guerra, el hambre, las persecuciones contra la Iglesia y el Padre Santo, la extensión de los errores comunistas, la supresión de muchas naciones.

La Virgen concretó la devoción mariana en el Santo Rosario, los cinco primeros sábados de mes y la consagración del mundo al Inmaculado Corazón.

### He ahí la cuestión...

Podemos preguntarnos: ¿Qué relación existe entre el Rosario, los cinco primeros sábados de mes y la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María con la conversión de los pecadores, también de Rusia, la paz del mundo y el triunfo de la Iglesia?

A nuestro entender esto es así: si los católicos rezaran el Rosario y se hubiera hecho caso de todo el mensaje de Fátima, el Señor nos hubiera alcanzado el cambio de mentalidad, los métodos apostólicos, la influencia sobre instituciones y ambientes para transformar el actual desorden de ideas y estructuras por el orden querido por Dios. No a la inversa.

O sea que la devoción a María, tal como estaba revelada en Fátima, era el remedio de los males que han azotado y azotan pueblos y almas. Así lo declaraba Pío XII: *“En las magnas luchas espirituales de estos tiempos, en los que los partidarios de Cristo y sus negadores se hallan confundidos en la muchedumbre, la devoción a la Madre de Jesús es una piedra de toque infalible para discernir unos de otros... Esa tendencia a honrar y amar a la Santísima Virgen... debe ser considerada como la señal y el distintivo particular de la verdadera fe y de la verdadera doctrina.”*

Desgraciadamente no se ha hecho caso del mensaje de Fátima. Y ya todos los síntomas presentes indican

que estamos en la plena realización de los castigos evidentes que se sufren y nos amenazan.

Por esto hoy lo más urgente, lo más necesario, es hacer vivir la consagración a María, a su Corazón Inmaculado. El Papa Paulo VI, en la clausura de la II Sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II, en 21 de noviembre de 1964, nos declaró:

*“La realidad de la Iglesia no se agota en su estructura jerárquica, en su liturgia, en sus sacramentos, ni en sus ordenanzas jurídicas. Su esencia íntima, la principal fuente de su eficacia santificadora, ha de buscarse en su mística unión con Cristo; unión que no podemos pensarla separada de Aquélla, que es la Madre del Verbo Encarnado y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a sí para nuestra salvación. Así ha de encuadrarse en la visión de la Iglesia la contemplación amorosa de las maravillas que Dios ha obrado en su Santa Madre. Y el conocimiento de la doctrina verdadera católica sobre María será siempre la llave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia.”*

Paulo VI, en este punto culminante, nos vuelve a recordar otra vertiente del primordial sentido de la historia, tal como nos enseña Pío XII: *“Dios ha creado el mundo y lo transforma para hacer santos, sólo por esto”*. Y la santidad es la “mística unión con Cristo”, que “no podemos pensarla separada” de María. Ni siquiera — puntualicemos — con medios santísimos. Pío XII, en su carta al obispo de Berlín, Mons. Konrad von Preysing (30-IV-43) le dice explícitamente:

*“Sabéis que la Santa Sede ha considerado las cuestiones litúrgicas que se han planteado entre vosotros como suficientemente importantes para tenerlas en cuenta. Sin embargo, reconocemos que atribuimos más importancia a que las conciencias cristianas sean protegidas contra todos esos venenos que las amenazan. ¿De qué serviría hacer más bella la liturgia de la Iglesia si, fuera de la Iglesia, el pensamiento y los actos de los fieles se hacen en su vida extraños a la ley y al amor de Cristo?”*

La vida cristiana, la santidad, la salvación de las almas, es la finalidad divina de la historia. Y la santidad se logra por medio de María. Y no se puede soslayar la devoción a María por ningún medio, por excelente que sea. Jerarquía, liturgia, sacramentos, ordenanzas jurídicas, se viven en su plenitud para unirnos en Cristo por medio de María.

### El secreto del sobre de Fátima y más allá...

No se ha hecho público el contenido del sobre de Fátima. No será, seguramente porque sea demasiado halagador el contenido del mismo. Y las versiones que corren son tremendas y de tonos apocalípticos literalmente.

Dejando aparte estas cuestiones, parece que realmente nadie puede discutir la propagación de los errores comunistas, las persecuciones contra la Iglesia, guerras... Señal de que no se ha hecho caso del mensaje de Fátima.

Y aquí podemos concluir indicando cómo la visión teológica de la historia, como el sentido cristiano, no es un angelismo. Sí el orden humano debe centrarse en una disposición de medios para salvar las almas, mediante la gracia de Cristo que se concede a través de la mediación de María, el fruto entonces es la paz. Y la paz es justicia social, la verdadera libertad, la autoridad encuadrada en sus límites y atribuciones, la concordia real.

Precisamente porque el liberalismo prescinde de esta elevación al orden sobrenatural desemboca en la dialéctica marxista del progreso indefinido, que concretamente se convierte en campo de concentración y totalitarismo tiránico. Y lo más ilógico, lo más enormemente apartado del verdadero sentido de la historia, es el intento de la coexistencia con el marxismo, claudicar ante su "fatal" triunfo o pretender bautizar lo que esencialmente es perverso y anticristiano.

### «Al fin mi Inmaculado Corazón triunfará...»

El mensaje de Fátima culminaba en 1960. Hoy el Papa ha declarado a María, Madre de la Iglesia, o sea Madre de cada cristiano. Toda la gracia pasa por María. Y hoy María se nos presenta haciéndonos conocer lo que es su Maternidad. La declaración de María, Madre de la Iglesia por el Papa Paulo VI, es la pasarela hacia el Reinado de María, que es la preparación del Reino de Dios en el mundo. Así lo profetizó Pío XII en el radiomensaje del 31 de octubre de 1942 dirigido a Fátima:

"Así como al Corazón de tu Jesús, fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano con el fin de que depositada en él toda su confianza fuese para ellos señal y prenda de victoria y salvación, así igualmente nos consagramos a Ti, a tu Corazón Inmaculado, ¡oh Madre nuestra, Reina del mundo!, a fin de que tu amor y patrocinio acelere el triunfo del Reino de Dios y todos los pueblos, pacificados entre sí y con Dios te aclamen Bienaventurada con contigo entonen de un extremo a otro de la Tierra el eterno *Magnificat* de gloria, amor y reconocimiento al Corazón de Jesús, sólo en el cual pueden encontrar la verdad, la vida y la paz."

¿No hemos caído en la cuenta que el sentido de la historia está absolutamente vaticinado ya en el capítulo III, versículo 15, del Génesis? "*Yo pondré enemistades entre ti y la Mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; ella quebrantará tu cabeza y tu andarás acechando su calcañar.*" O lo que es lo mismo: "*Mi Corazón Inmaculado triunfará*".

San Luis María de Montfort profetizó con extraordinaria fuerza y realismo divino esta era de María, de santidad culminante en la historia. Oigamos al gran...apóstol:

"Jesucristo vino al mundo por medio de la Santísima Virgen, y por Ella también debe reinar en el mundo."

Y lo intuye y suspira ardientemente:

"¿Cuándo vendrá este siglo de María... este tiempo venturoso en que María sea reconocida Señora y Soberana?... ¿Cuándo respirarán las almas a María tanto como los cuerpos respiran el aire? Entonces se verán cosas maravillosas en este lugar de miseria, en donde el Espíritu Santo llegará a aquellas almas con abundancia de sus dones para obrar maravillas de la gracia."

Dibuja la fisonomía de los apóstoles marianos:

"Combatirán con una mano, edificarán con otra. Con una mano lucharán, derribarán y aplastarán a los herejes, idólatras e impíos, y con la otra mano edificarán el templo del verdadero Salomón y la mística ciudad de Dios, es decir, la Santísima Virgen" y "esta Ciudad que los hombres hallarán en el fin del mundo, para convertirse y saciar el hambre de la justicia, es la Santísima Virgen, a quien el Espíritu Santo llama pueblo y ciudad de Dios."

Será la gran epifanía de María en sus hijos:

"A ella están reservadas la formación y la educación de los grandes Santos, que saldrán hacia el fin del mundo... Verán claramente en cuanto lo permite la fe, a esta hermosa estrella del mar... conocerán las grandezas de esta Soberana... experimentarán sus dulzuras... sabrán que Ella es el medio más seguro, el más fácil, el más corto para ir a Jesucristo... Serán ricos de la gracia de Dios, que María les distribuirá abundantemente... Y serán flechas aguzadas en la mano de esta Virgen poderosa para atravesar a sus enemigos."

Porque en esta lucha se debate todo el sentido de la historia:

"Dios no ha hecho ni formado nunca más que una enemistad, más esta irreconciliable, que durará y aumentará incluso hasta el fin, y es entre María, su digna Madre y el diablo."

Y la victoria será de Dios, de los que

"en unión con María, aplastarán la cabeza del diablo y harán triunfar a Jesucristo."

Porque éste es el sentido divino y verdaderamente teológico de la historia, como nos dice Pío XI en la "Ubi arcano":

"Cuando los estados y los gobiernos consideren deber sagrado y solemne suyo el someterse en su vida política, interior y exterior, entonces y solamente entonces gozarán, en lo interior, de una paz provechosa... No puede existir paz alguna verdadera—esa paz de Cristo tan deseada—mientras todos los hombres no sigan fielmente las enseñanzas, en preceptos y ejemplos de Cristo, tanto en la vida pública como en la privada; de tal suerte que, una vez instituida así la sociedad humana, pueda la Iglesia, finalmente, cumpliendo su Divina misión, defender frente a los individuos y frente a la sociedad todos y cada uno de los derechos de Dios. Tal es el sentido de Nuestra breve consigna: **EL REINADO DE CRISTO.**"

Esta es la voluntad de Dios, el plan providencial

sobre la historia. También lo vislumbró San Luis María de Montfort:

“Sí, como es cierto, el conocimiento y el reinado de Jesucristo en el mundo deben llegar, no lo es menos que sólo se realizará esto como consecuencia del conocimiento y reinado de la Santísima Virgen”.

O sea, la promesa infalible de la Virgen en Fátima: “*Mi Corazón Inmaculado triunfará*” Por esto Juan XXIII dijo que “Fátima es el centro de las esperanzas del mundo cristiano”. Y Paulo VI, al final de la tercera sesión conciliar, dijo muy significativamente:

“Al paso que elevamos nuestro espíritu en ardiente oración a la Virgen, para que bendiga el Concilio Ecuménico y atoda la Iglesia, acelerando la hora de la unión de todos los cristianos, nuestra mirada se abre a los ilimitados horizontes del mundo entero, objeto de las más vivas atenciones del Concilio Ecuménico, y que nuestro predecesor Pío XII, de venerable memoria, no sin inspiración del Altísimo,

consagró Solemnemente el Corazón Inmaculado de María. Creemos oportuno, particularmente hoy, recordar este acto de consagración. Cristo por fin hemos decidido enviar próximamente por medio de una misión especial la Rosa de Oro al Santuario de la Virgen de Fátima, muy querido no sólo por la noble nación portuguesa — siempre, pero especialmente hoy, apreciada por Nos — sino también conocido y venerado por los fieles de todo el mundo católico. De esta firma, también Nos, pretendemos confiar los cuidados de la Madre celestial toda la familia humana, con sus problemas y afanes, con sus legítimas aspiraciones y ardientes esperanzas”.

Y este lenguaje de Paulo VI confirma la trascendencia de Fátima.

Porque el sentido de la historia, en la economía divina — ¡ciertamente aquí sí de forma irreversible! — pasa por el Corazón Inmaculado de María Madre.

JOSÉ RICART TORRENS, pbro.

## LOS DEVOTOS CRITICOS Y LOS DEVOTOS ESCRUPULOSOS

Al reflexionar, a la luz de las advertencias de los últimos Pontífices, sobre las tendencias desviadas que condicionan muchas de las manifestaciones de la vida cristiana actual y analizar sus raíces psicológicas e históricas, se adquiere la convicción no exenta de sorpresa, de hallarnos en presencia de las mismas falsas actitudes, errores o desviaciones de pasadas épocas que creíamos se habían superado ya definitivamente. Bajo afirmaciones de novedad, se repiten los mismos contenidos antiguos que el pueblo cristiano eliminó de su organismo vivo, como sustancias de dehecho, inservibles para la vital asimilación que se opera perpetuamente en la Iglesia por la fuerza de Espíritu.

Es el triste sino de todo lo falso: pretender la novedad para llegar a través de ella a la seducción, que les dé el dominio sobre nuevos tiempos y no ser en el fondo más que la envoltura de un error viejo, reiterado en perpetua inquietud y contradicción consigo mismo.

Estas consideraciones surgen espontáneas al estudiar serenamente el carácter mariano de nuestra edad y proyectar su realidad insigne sobre muy determinados grupos fosilizados en sus conceptos teológicos o en sus formas de piedad, al margen del gran movimiento mariano que reclama la dirección del Divino Espíritu en la Iglesia. El Espíritu Santo quiere marcar nuestra época con el sello de la Virgen Inmaculada como en pasados siglos hizo brillar con especial devoción a la sagrada Humanidad de Jesucristo, o una especial entrega a las obras de misericordia... etc. Esos grupos con reservas, discrepantes o simplemente sin antenas para la actual onda sobrenatural que invade la Iglesia, reproducen la misma actitud fría de la que el gran profeta de los modernos tiempos marianos San Luis María Grignon de Montfort advirtió se guardasen los fieles cristianos, si querían mantenerse

en la verdadera fidelidad de la devoción a María. Hoy las palabras y avisos del Santo misionero francés adquieren un más acusado relieve, ya que como decía el Santo Padre Juan XXIII, precisamente: “en esta nuestra edad la Augusta Madre de Dios está más presente en los quehaceres humanos” (27 abril 1959).

Los errores jansenistas sobre la devoción a la Santísima Virgen y a las prerrogativas marianas, que combatió San Luis María de Montfort, eran fundamentalmente los mismos errores protestantes, pero mucho más peligrosos por su formulación más sutil y por brotar en el mismo seno de la Iglesia y de personas que afirmaban una incondicional sumisión al espíritu del Evangelio. Esos errores del jansenismo no del todo desarraigado, llegan a través del romanticismo religioso y de muchos escritos modernistas hasta nuestros días tras la pervivencia del modernismo en la actualidad como recentísimamente acaba de advertir Paulo VI en la “*Ecclesiam suam*”. Cuando San Luis María de Montfort nos habla de los falsos devotos y de las falsas devociones a la Santísima Virgen para desenmascarar el jansenismo, nos está también dando a nosotros tres siglos después un antídoto para las mismas falacias de hoy.

El año de 1653 se publicó en Alemania el célebre libro “*Monita salutaria*” que sentitizaba toda la doctrina jansenista contra el dogma y el culto a la Santísima Virgen. Fue el año también del nacimiento de San Luis María de Montfort como señalándonos una vez más Dios Nuestro Señor las trazas de su Providencia, en la misión especial que confía a sus santos en la vida y en la historia del pueblo cristiano. Cuando comenzó su apostolado San Luis María de Montfort la mayor parte del clero y del episcopado francés estaba inficionado de los errores jansenistas. En su tiempo se llevó a los extremos de reformar

la misma liturgia de la Iglesia por parte de muchos sacerdotes y de Obispos, con el afán de disminuir la devoción a la Santísima Virgen en el pueblo fiel.

La actitud jansenista ante la devoción del pueblo a la Santísima Virgen estaba cargada de un intelectualismo artificial. El jansenista no pretendía, según decían, disminuir un ápice la auténtica devoción a María. Pero se trataba precisamente de eso: de que fuera auténtica, sin las ampulósidades, exageraciones y abusos que se habían introducido en la Iglesia que convertían al cristianismo en marianismo. Ellos protestaban en nombre del evangelio y de los Santos Padres por el culto idolátrico que el pueblo tributaba a María en detrimento del honor debido a Jesucristo. Es significativo observar que los grandes ataques a la devoción al Corazón de Jesús, síntesis del cristianismo en frase de Pío XII partieron precisamente ya en sus inicios de aquellos que se decían defensores del honor de Jesucristo y que apartaban también a los fieles de la Sagrada Comunión.

Y al pasar de las formas del culto y de la devoción mariana al campo de la teología combatían paralelamente todas las opiniones teológicas que tendieran a enaltecer los privilegios de la Santísima Virgen. Negaban la Inmaculada Concepción y la Asunción (entonces no declarados aún dogmas por el Magisterio infalible); incluso se negaban a emplear los mismos títulos de Corredentora, Medianera, Madre, Reina y el mismo culto de hiperdulía. El autor de la "Monita salutaria" insistía: "No empleéis más tiempo en honrarme, ni me hagáis más oraciones que a Dios...Guardaos de tener más confianza en mí que en Dios"; en el aviso octavo: "No me honréis como a una diosa subalterna... No escandalicéis, ni confirméis en sus errores a los que están fuera de la Iglesia..."; en el décimo: "Guardaos de concederme nada por hipérbole o exceso de celo... No os dejéis conmovér, por las hipérbolés, las frases exageradas, y las maneras de hablar de algunos Santos."

Y en el 17: "No pongáis vuestra confianza en mis imágenes y estatuas como lo hacen los paganos aunque sean milagrosas. Ningún poder les está vinculado..."

Con avisos tan oportunos para desconcertar y deslumbrar al pueblo se condenaba la piedad tradicional mariana y la enseñanza de la Iglesia que, en ningún siglo tuvo reparo en honrar a María mientras no se llegara al culto de latría. Toda la literatura jansenista, de la que hemos aducido para nuestro caso, sólo el modelo más significativo, marcaba siempre esa orientación de intelectualismo desencarnado, intentando un "dirigismo" teológico o intelectual en la Iglesia, una cierta trasposición de los ideales de la Ilustración al terreno religioso: adoctrinar extrínsecamente al pueblo fiel pero independientemente, prescindiendo y aun en contra del pueblo fiel. Por eso sus escritos están llenos de diatribas contra la devoción "exterior y sensible"; critican sistemáticamente el adorno de los templos marianos y de los grandes Santuarios por razones de economía y pobreza evangélica; se irritan ante la variedad de advocaciones, peregrinaciones, cofradías y congregaciones marianas... Todo según

ellos llevaba a una piedad fácil, externa, impersonal, rutinaria muy lejos de lo que debiera ser una visión consciente y seria de la vida religiosa que es esencialmente vida y no una práctica sentimental epidérmica.

En ese mundo de hipocresías, intrigas y medias verdades sin comparación más venenoso que la lucha abierta contra el mal, en donde tales errores los profesaban tantas personas de buena o mala fe, pero que de hecho estaban en el cuerpo de la Iglesia, y muchas de ellas constituidas en autoridad, es admirable la actividad apostólica del Santo, incomprendido frecuentemente por sus iguales y superiores, pero al que el pueblo seguía como a un iluminado profeta. Tal vez sea el caso más claro en toda la historia de la Iglesia de que la entrega incondicionada a María hace participar al alma que a Ella se entrega — la que es terrible e invencible como un ejército en orden de batalla — de su invulnerabilidad frente a los engaños de Satanás. Lo que en lenguaje ignaciano llamaríamos sus "sutilezas y asiduas falacias".

La doctrina de Grignon de Montfort apoyándose firmemente en la verdad católica y teniendo en cuenta las afirmaciones mal intencionadas pero en cierto sentido verdaderas, desenmarcaba los sofismas y las hipócritas disimulaciones de los sectarios jansenistas. Sus palabras realmente inspiradas nos llegan hoy después de tres siglos con todo el ímpetu de su primer arranque.

En su "Tratado de la verdadera devoción a María", dice en un intento de clasificación de los falsos devotos: "Los devotos *críticos*, son por lo común sabios orgullosos, altaneros y pagados de sí mismos que en el fondo tienen alguna devoción a María, pero que critican todas las prácticas de devoción a la Santísima Virgen con las que las personas ingenuas honran sencilla y tiernamente a esta tierna Madre sólo porque no se acomodan a su criterio. Ponen en duda todos los milagros e historia referidos por autores fidedignos... No sabrían ver sin pena a la gente sencilla y humilde arrodillada ante un altar o imagen de María..., y hasta los acusa de idolatría; no les gustan estas devociones exteriores; dicen que los santos Padres en las alabanzas a María hablan como... oradores exagerando las cosas... Todos estos falsos devotos y gente orgullosa y mundana son mucho de temer y hace un grandísimo daño a la devoción para con la Santísima Virgen, alejando de ella a los pueblos de una manera eficaz, bajo el pretexto de destruir tales abusos".

De los por él llamados devotos escrupulosos dice: "Los devotos *escrupulosos* son gente que temen deshonorar al Hijo al honrar a la Madre...; ven con pena que haya más gente de rodillas ante un altar de María que ante el altar del Santísimo Sacramento. Como si lo uno se opusiera a lo otro, o como si los que ruegan a la Santísima Virgen no rogasen a Jesucristo por medio de Ella!... Ellos dicen ¿para qué sirven tantas devociones exteriores a la Santísima Virgen?... ¡En esto hay mucha ignorancia! Esto es hacer de la religión una mojiganga. Habladme de los devotos de Jesucristo; a Jesucristo es a quien hay que recurrir; ...¡Esto es lo sólido! Y todo cuanto dicen es verdad en un sentido; pero atendiendo

a la explicación que hacen de sus palabras para impedir la devoción a la Santísima Virgen, es muy peligroso y una fina red que con pretexto de un bien mayor les tiende el demonio; porque jamás se honra tanto a Jesucristo como cuando se honra a María... La Santa Iglesia, con el Espíritu Santo, bendice primero a María y luego a Jesucristo: *Benedicta tu in mulieribus et benedictus fructus ventris tui Iesus*. Y esto no porque la Santísima Virgen sea más que Jesucristo o igual a Él, lo cual sería una herejía intolerable, sino porque para bendecir más perfectamente a Jesucristo es necesario bendecir antes a María...

El carácter mariano de nuestra época, viene definido por una especial presencia maternal de la Santísima Virgen en la Iglesia. Presencia maternal viva y conmovedora, en las manifestaciones exteriores del pueblo de Dios y en las realidades interiores de las almas. Por eso, dentro de esa perspectiva cada vez más próxima, como una experiencia espiritual casi tangible de la Inmaculada Madre de la Iglesia y Madre espiritual de todos los hombres, se hacen más dolorosas las voces que entre nosotros producen la desorientación en el pueblo cristiano, y en último término apagan su fervor mariano.

Muchos "minimalismos" fundados en un abstracto intelectualismo de intención pastoral o ecuménica son eco de los tristes avisos del "Monita salutaria" jansenista. Los alegatos contra las imágenes marianas, o las imágenes en general, son las acusaciones de superstición o idolatría, reproducen los viejos errores que combatía S. Luis M. de Montfort. La insistencia machacona en contra de las exageraciones barrocas y las exuberancias retóricas decimonónicas, en las formas del culto mariano y la piedad, son la traducción a la actualidad de las acusaciones jansenistas contra la piedad del pueblo. Cuántas veces un pretendido honor excelso a la Persona del Redentor, en un afán de que no quede oscurecido por las glorias de María, va involucrado con un efectivo desvío de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y de la adoración del Santísimo Sacramento, y de un menor aprecio práctico de la Sagrada comunión.

Es penoso comprobar que desde un punto de vista ecuménico, pastoral o teológico puedan escribirse afirmaciones tan en contradicción con el espíritu de la Iglesia: "Ahora el movimiento mariano, se halla invitado, menos a seguir sus "conquistas" dogmáticas y el camino de los triunfos exteriores que a aclarar la significación del dogma, puede ser que en el camino de la humildad, en la línea que impone una perspectiva ecuménica". "La renovación cristiana, en resumen, sabe quién es el Dios en el que no cree, pero desconoce cómo es el Dios en el que dice creer. Por eso se está prescindiendo de María. Porque ella exige para que se la entienda un cristianismo que sea algo más que una ideología: es preciso que sea una fe que supere cierta creencia sin objetos"... "El esfuerzo de autenticidad ha sido algo eficiente pese a su penuria de resultados positivos. Un vacío es siempre mejor que un ídolo, y un ídolo sin rostro es preferible a un ídolo con rostro muy bien tallado". El cristiano

compensa la sencillez del Evangelio de N. S. Jesucristo organizando una especie de Evangelio de María... Por este camino María ha obtenido cierta autonomía respecto de Cristo y del plan salvador..."

Algunas crónicas de periódicos y publicaciones sobre el Concilio, ¿no están teñidas de un inconfesado afán de señalar más estrechos límites a la teología y a la piedad mariana? ¿No han escrito autores hoy bien conocidos al tratar del esquema conciliar sobre la Santísima Virgen, y enjuiciar las dos tendencias opuestas, que "en el acaloramamiento de la pasión, existe una cierta propensión de un lado, a transformar a la Virgen en un ídolo, y por otro lado a rechazar ese ídolo? Y el mismo autor tratando del movimiento mariano se pregunta: "El movimiento mariano es ciertamente fecundo, fervoroso, próspero. Mas ¿no es excesiva su riqueza, febril su intensidad, algo patológico su especializado desarrollo?"

A un observador, por superficial que fuera, no se le escaparía que estamos muchas veces ante nuevas versiones de los devotos críticos o de los devotos escrupulosos de S. Luis M. de Montfort. Los Santos Padres actuales nos enseñan con nuevas palabras su misma doctrina. Y es que el Espíritu Santo quiere hoy como siempre glorificar a su Esposa María con una mayor y definitiva plenitud.

En una alocución, decía en 1954 Pío XII: "Jamás temáis ensalzar demasiado a la que resplandece en la eternidad como la obra maestra de Dios, la más maravillosa de las criaturas, el espejo más espléndido de las perfecciones divinas. Para ser la Madre de Dios ha recibido de su divino Hijo todos los dones de naturaleza y gracia. He aquí por qué el culto de la Virgen, al menos si se la comprende bien, lejos de quitar nada a la gloria de Dios, se eleva inmediatamente hasta Él, autor de todo bien, que la ha querido tan grande y tan pura." Y en la encíclica *Mediator Dei*: "Sobre todo no permitáis que (como enseñan algunos engañados con pretexto de renovación litúrgica, o pretendiendo ligeramente que sólo los ritos de la liturgia tienen eficacia y dignidad) el culto de la Madre de Dios, Virgen, señal de predestinación, según el parecer de los santos, de tal suerte se deje a un lado, mayormente en la juventud que se enfríe paulatinamente y languidezca. Ese modo de proceder no da sino frutos envenenados perjudicialísimos para la piedad cristiana; brotes de ramas infectadas aunque están en un árbol sano; hay que cortarlos para que la savia vital del árbol pueda alimentar sólo frutos suaves y óptimos."

Y Juan XXIII, en el radiomensaje a la ciudad de Turín en 1961, recalca: "Es verdad que honráis hoy a la Virgen Santa; mas todo acto de homenaje dirigido a Ella se resuelve en un vínculo más apretado con su Hijo, Jesús bendito..."

Las enseñanzas marianas y la actitud del Santo Padre actual Pablo VI, son tan recientes y tan explícitas, respecto del movimiento mariano y han culminado en la gloriosa proclamación de María Madre de la Iglesia y en

la encíclica sobre el Mes de Mayo, que nos excusan de toda cita confirmatoria.

La persistencia entre nosotros de una devoción "crítica" y "escrupulosa" ha motivado estas consideraciones, que nos retrotraen a los orígenes de tales formas de piedad, ya manifestadas en otros siglos de la Iglesia. Esos errores jansenistas más o menos desdibujados referentes a María, siguen anclados en muchas conciencias y les impiden el libre vuelo hacia Ella y consiguientemente

alcanzar una plenitud íntima y cordial en Cristo Jesús.

• Por eso las palabras de S. Luis M. de Montfort, son igualmente nuevas y actuales hoy. "Guardémonos", dice el Santo, "de pertenecer al número de los devotos críticos que nada creen y todo lo censuran; al de los devotos escrupulosos que temen ser demasiado devotos de María, "casi divina" en frase de Pío XII, "es la mayor después de Dios y nadie fuera de Él la puede abarcar con su pensamiento".

JOSÉ M.<sup>a</sup> ALBA CERECEDA, S. I.

## LA UNIDAD CATOLICA COMO SUPUESTO DE NUESTRAS LEYES EN MATERIA RELIGIOSA

### II

Decíamos al fin del artículo anterior que algunos hechos, bien comprobados y visibles, justifican la creencia de que es real la fe católica de nuestro pueblo, aunque, en amplios sectores, sin el conveniente vigor para las obras. Entre estos hechos son dignos de consideración los siguientes:

a) Abundan extraordinariamente las vocaciones sacerdotales y religiosas, como asimismo otras a institutos seculares de perfección. Esa abundancia revela la existencia de multitud de familias creyentes de veras, y, alrededor de cada una, otras muchas también creyentes, aunque quizás no todas de tan alto espíritu. Es psicológicamente imposible que esas familias fervorosas, de donde salen las vocaciones, estén aisladas, y todas las demás carezcan de fe católica. Lo natural es que éstas sean muy numerosas, y aun más numerosas; pero frecuentemente con no menor espíritu religioso que las que dan vocaciones, aunque en muchos casos no sean tan fervorosas.

b) En los medios que se suponen más descristianizados, como son esas grandes agrupaciones de obreros, es experiencia de los misioneros y conferencistas y dirigentes seculares allí moradores, que no falta la fe, en general, y que responden a la acción del apóstol prudente y caritativo; incluso abundan entre ellos las vocaciones sacerdotales y religiosas, como consta por informaciones de los seminarios y de los noviciados.

d) Son rarísimos los padres de familia que no se complazcan en la educación católica de sus hijos en escuelas y colegios; y saben los maestros, por el contacto con las familias, que éstas, en general, y en el fondo, son creyentes.

Con estos datos, y sobre la base de que España ha sido católica siempre, y no se aducen hoy argumentos

eficaces de que no lo es, juzgo que es injusto, temerario, falso, dañosísimo a la causa católica, dar por cierto que España no es católica, y tratarla como a tal, en lugar de tratarla como católica, pero de un catolicismo débil en amplias zonas, y esforzarse por reanimarla como antes dije: no exponiéndola a propaganda protestante, sino sometiéndola a una eficaz cura de instrucción y educación católica, utilizando con prudencia cristiana los medios positivos, y también los negativos de protección de los débiles contra el influjo nocivo de ideologías falsas y de corruptoras inmundicias.

Persuadámonos de que lo que se hace en una bien regida familia católica a escala doméstica, eso, en la debida proporción, ha de hacerse a escala nacional en la sociedad civil formada por ciudadanos de fe católica: se ha de promover la positiva formación, pero también se ha de evitar, en lo posible, la deformación originada por factores contrarios al catolicismo.

Como el Padre de familia bien formado procura élf enterarse de muchas cosas falsas, malas, peligrosas, para informar sobre ellas y prevenir contra sus nocivos efectos a sus hijos, pero no consiente que libremente circulen entre ellos, sobre todo cuando aún son incapaces de valorarlas por sí mismo, así el gobernante católico, análogamente, ha de procurar que entre tantos culturales y religiosamente menores no se difundan ideas y sentimientos a que no sabrán ni podrán oponer la conveniente resistencia, ni en el orden de las ideas ni en el de las costumbres.

Existe un sano paternalismo que no empobrece la personalidad de los gobernados, sino que la promueve, cuanto es posible, educando, garantizando y desarrollando la sana libertad, pero también rodea su ejercicio de oportunas defensas donde prudentemente se estima

que, sin ellas, la fragilidad o la pasión humana impedirían las razonables opciones necesarias para asegurar el bien común y aun el deseable bien particular de cada uno, y, más en concreto, esa unidad religiosa católica, justificante de las expresadas limitaciones en culto y propaganda impuestas a los pocos disidentes.

Estimo que no es razonable poner esto en duda. Quien lo pusiera daría la impresión de pasar por alto el pecado original y desconocer sus efectos de ceguera y debilidad en la naturaleza humana.

No faltan entre nosotros quienes se las prometen muy felices para nuestro catolicismo, si cambiamos el régimen jurídico vigente por el de absoluta libertad, para todos igual: católicos y acatólicos.

Los bienes que, a su juicio, nos vendrían de esa igualdad, serían los que se examinan en mi libro "La libertad religiosa y el Estado católico", cap. V entero.

A los que no esperamos tales bienes de esa igualdad, sino al revés, tememos muchos y graves males, nos acusan de ser hombres sin confianza en la gracia de Dios y en las posibilidades de propia defensa que con esa gracia podríamos desarrollar, y sin sentido de las exigencias de los tiempos que se orientan hacia una religión personal y consciente que no dependa de resguardos y protecciones externas del poder civil y de las instituciones.

En el citado capítulo explico lo que hay de verdad y de falsedad en todo esto. Aquí sólo insinuaré que no es desconfiar de la gracia de Dios colaborar a ella evitando los peligros que prudentemente deben evitarse, como el mismo Espíritu Santo recomienda, y como el mismo buen sentido popular cristiano proclama en el adagio: A Dios rogando y con el mazo dando.

Al revés, tienta a Dios, el que se olvida del pecado original y de la fragilidad humana consiguiente, y no pone los medios que la prudencia dicta para conservar, robustecer y vivir su fe y para ayudar a los hermanos.

Exponer las almas de los sencillos, de los jóvenes, de los aún no bien preparados, a las tentaciones de una propaganda protestante hábilmente desarrollada y con medios económicos inagotables, manejados por cordiales enemigos de la España católica, no es conforme a esa prudencia cristiana.

Mal conoce las posibilidades humanas quien piensa que esas almas serían invulnerables a semejantes ataques, y que, a la larga, una situación de igual libertad

para todos no acabaría produciendo entre nosotros los mismos tristes efectos de indiferentismo respecto de todas las religiones, cristianas y no cristianas, y aun de ateísmo, producidos en todas esas naciones centroeuropeas, que, después de haber perdido ellas la unidad religiosa católica, han venido perdiendo hasta la fe misma, y, desde luego, han perdido, en la gran masa del pueblo, esa intensidad de piedad y sentido religioso que todavía conserva, en amplios sectores, España, gracias a Dios.

¿Pero no se justificaría el reconocimiento de cierto derecho a la propaganda protestante en España, por razones de orden mundial o por exigencias del bien universal de la Iglesia Católica, ya que no mirando sólo al bien común nacional?

Hasta la fecha no se han aducido razones ni de orden político ni de orden religioso que autoricen una respuesta afirmativa cierta, ni aun siquiera sólidamente probable. Yo mismo he examinado muchas veces las alegadas y mostrado su insuficiencia. Eso mismo hizo y con mayor autoridad el difunto Obispo de Astorga, D. Jesús Mérida y Pérez, en una de sus interesantes cartas pastorales, la del mes de diciembre de 1953 sobre la Restauración cristiana de la cultura.

Mientras no se nos presente otras razones realmente de peso, nos está prohibido por la ley de Dios dar a los disidentes en España una libertad de propaganda que pondría en tan grave peligro la fe de amplios sectores de nuestro pueblo. Atengámonos entre tanto a la inconcusa verdad de que la Jerarquía Sagrada, por sí o por sus colaboradores, eclesiásticos, religiosos y seglares, viene obligada, en una sociedad católica, no sólo a procurar la conveniente formación de los fieles de Cristo, sino a recabar de la potestad civil la protección legal conveniente para defender de la seducción a los que por sí mismos no pueden defenderse; y el gobernante de tal sociedad está también obligado a prestar esa defensa, como siempre lo han enseñado y exigido los Papas y se ha practicado en los países católicos, y en el nuestro especialmente, con la unanimidad de Obispos, teólogos, magistrados civiles y pueblo.

Sólo cuando la suprema y única competente autoridad estimara y recomendara como más conducente al bien universal de la Iglesia el reconocimiento de cierta libertad de propaganda, aun en los países católicos, podríamos lícitamente otorgarla.

E. GUERRERO S. J.



DIA 1.º  
DE MAYO  
1898

## LA FIESTA DE 1.º DE MAYO

¡Qué hermoso día! Que día de paraíso tras una semana no de demasiado fervor, más bien de disipación y casi de tibieza. El buen Jesús me ha concedido también este año la gracia de hacer el mes de mayo; me ha presentado una nueva ocasión preciosísima para poderlo amar más procurando honrar a la Virgen Santísima. Espero mucho, en este mes, de mi Madre María; si ella me ayuda, estoy seguro de dar algunos pasos adelante. Dos son las virtudes que en este mes pediré principalmente a la Virgen para mí: 1.º una gran humildad, es decir, conocimiento y desconfianza de mí mismo; 2.º un gran amor a Jesús en el Sacramento; esta segunda gracia será la que más veces pediré también para mis compañeros. Además pediré siempre a Jesús una gran devoción a María, madre suya y madre mía. Así los objetos de mi corazón, mis anhelos, mis oraciones llegan a Jesús por María y a María por Jesús. San Juan Berchmans me ayudará en este mes e intercederá por mí, estoy seguro de ello, él que era tan devoto de la Virgen... seré escrupuloso en el cumplimiento puntual del reglamento, luchando contra mi propia voluntad. De manera especial guardaré silencio... Las jaculatorias no tendrán número, y procuraré inculcar en las conciencias esta verdad: para ir derechos a Jesús es preciso pasar por María. En una palabra haré todo de María para ser todo de Jesús...

DIA 1.º  
DE MAYO  
1903

(...)  
Los hombres de trabajo, pero sin religión y sin Dios, los pobres, explotados por los demagogos, la multitud inconsciente, andan hoy de jolgorio gritando sus ideales, utópicos en su mayor parte, a veces justísimos, pero casi siempre desfigurados y profanados; el pueblo fiel en cambio, inaugura el mes de mayo con un saludo a la que es Madre del Verbo, la gran idea de Jesucristo, príncipe de la paz; se congrega devoto en torno al altar de María. Cuánta gracia, cuánta suavidad en esta devoción a la Virgen que enternece los corazones menos acostumbrados a los sentimientos de fe y de piedad. También yo, con todo el impulso de mi afecto a María, me pongo a sus pies, consagrándole, especialmnte en este mes, mi ser y todas mis acciones, para que me alcance un amor cada vez más ardiente a Jesús...

(del Diario íntimo de Juan XXIII)



## A NUESTROS OBISPOS Y A NUESTROS SACERDOTES

Como dato orientador sobre la actual polémica en torno a la novela *LOS NUEVOS CURAS*, reproducimos el llamamiento a los obispos y sacerdotes de Francia de Michel de Saint-Pierre, con cuyas ideas se siente solidaria nuestra Revista. Damos a conocer también una entrevista publicada en el diario *Pueblo* (3 mayo 1965) característica muestra de las reacciones hostiles a la tesis de la ya famosa novela.

Las cartas de aliento, a propósito de mi novela, *LOS NUEVOS CURAS*, llegan en número cada vez mayor, cartas tonificantes y confiadas de las que saco fuerzas.

Pero también me llegan reproches. Todos tenemos necesidad de críticas, y por mi parte, me gustaría encontrar en las que me dirigen motivos de reflexión, de marcha atrás, de examen de conciencia — al propio tiempo que una invitación a comentar más ampliamente ese problema candente. Pero en una proporción de 95 %, mis contradictores se expresan con tal cólera, con tal orgullo, o sea con tal insolencia que me es imposible sacar partido de estas explosiones de rabia. Los adversarios gritan “¡tocado!”, ásperamente, rencorosamente a veces, y el mayor asombro de mi vida será haber podido coleccionar semejante dossier.

Pues, algunos de los que se dejan llevar de los excesos de lenguaje más inaceptables, son sacerdotes. Más todavía: los diarios, las hojas parroquiales distribuidas en las iglesias — especialmente en las de la diócesis de París — alcanzan a veces un tono verdaderamente inaudito. ¿A quién esperan convencer con semejantes libelos?

Después de mis últimas declara-

ciones, he mandado una respuesta al entrefilete agresivo de un periódico dirigido por sacerdotes, una sencilla explicación de mi libro, sacado de la pastoral del Cura de Ars. Mi texto, el periódico en cuestión estaba obligado a publicarlo (ley de 1881), pero ha creído conveniente salir del paso con un comentario irónico. Yo no invento nada. Todo ello acaba por crear en mí una sensación de hastío y de tristeza. Numerosos diarios y revistas que se llaman “católicos” — y que veo vender, lo repito, dentro mismo de nuestras iglesias, en desprecio del Derecho Canónico y de las prescripciones de nuestros Cardenales y Arzobispos —, sí, periódicos sin carácter “específicamente religioso”, cuya significación política salta a los ojos más cuidadosamente cerrados — publicaciones sostenidas por el “movimiento Pax” — me tratan en sus columnas de impostor, de inquisidor, de calumnador, ¡y lo paso! Me tratan también de arisócrata, ¡y estoy contento! (fier). Encuentro en ellos, en nuestras iglesias, el tono de los periódicos comunistas — que me denuncian como “un insignificante burgués que trata de dar lecciones a los sacerdotes progresistas”. Al mismo tiempo recibo consejos: “Callaos”, “No contestéis”, “Sed hu-

milde”, “No seáis duro”, “No seáis intratable”...

Dios sabe que no me tengo por un modelo de dulzura. Pero en las circunstancias precisas de los “Nuevos Curas” digo que por una vez, por una sola vez, no he tomado el tono polémico. Sencillamente, he contestado a mis detractores: “No habéis comprendido nada de mi libro. Habéis dado a este libro una explicación que no estimo justa. He aquí, pues, para ilustración de vuestros lectores, mis propias explicaciones”. Un punto esto es todo. Es preciso que un día se reconozca que jamás he respondido a la cólera con cólera, al odio con odio. Pero esto no me basta: es preciso también que cese, por fin, este desencadenamiento de rabia. Es preciso que la libertad de los hijos de Dios sea por fin respetada en la Francia cristiana. Es preciso que la tolerancia sea por fin llamada tolerancia — y que el odio sea designado por su nombre. Es preciso que la mayoría — la nuestra — de los cristianos de Francia pueda, también ella, expresarse, sin que un concierto de injurias se levante inmediatamente en la mayor parte de las “Hojas” católicas, orquestadas por no se sabe que manos. Es preciso que se pueda libremente, en este país, proclamarse *católico romano*, fiel a las tradiciones de la Iglesia y a las enseñanzas de los Papas — y rigurosamente opuesto a la infiltración marxista, “intrínsecamente perversa” —. Pero, lo digo con toda la firmeza posible: *este caso no se da hoy día*.

\* \* \*

Quiero además, antes de ir más lejos, que una cosa entre otras sea bien precisada: *me desolidarizo totalmente de aquellos que atacan a la Jerarquía, al Episcopado, al Concilio, a Roma* —. Profeso el más profundo respeto al sacerdocio — y singularmente a nuestros obispos sucesores de los apóstoles. Confieso mi filial sumisión a Roma, de donde nos viene todo mandato y toda luz. Confieso el inmenso gozo que me ha proporcionado la encíclica *Ecclesiam suam* de Su Santidad el Papa Pau-

lo VI, y las intervenciones del Soberano Pontífice en el Concilio. Lejos de sentir yo no sé que indecente decepción después de estos actos Pontificales — lejos de experimentar no sé que inexplicable “náusea” al evocar la Primacía de Pedro — digo por fin, yo, simple seglar de la Iglesia, que esta Primacía es de inspiración divina; que representa a nuestros ojos la salvación de la Iglesia y la garantía de su perennidad. Después de la encíclica *Fulgens corona* del Papa Pío XII, el Papa Paulo VI ha, por otra parte, ofrecido como conclusión a la tercera Sesión del Concilio, una de las más bellas saluciones que un hombre haya jamás dirigido a la Santísima Virgen María, Madre de Dios. Ha querido — por su propia voluntad — que fuera proclamada Madre de la Iglesia. Y este nombre nuevo lo repetimos en nuestras noches de tristeza con el humilde amor de hijos. En fin, hemos leído con gozo el discurso pronunciado por el soberano Pontífice sobre *la autoridad*, el 4 de noviembre último, en la Basílica Vaticana — y el homenaje magnífico que el Papa acaba de rendir a la Curia Romana “instrumento indispensable, elemento ordenado, corona ejemplar en torno a la silla de Pedro, en su misión pastoral para bien de la Santa Iglesia.

\* \* \*

Entretanto yo me vuelvo precisamente hasta esa Jerarquía respecto a la cual acabo de repetir mi profesión de respeto. Y le digo, en el tono filial que nunca he dejado de tomar hacia Ella: nosotros sufrimos. Esos periódicos que son vendidos en nuestras iglesias, no reflejan nuestros sentimientos de cristianos y de franceses. Esas revistas en las que somos calumniados e injuriados, no tienen de católicas y de cristianas más que el nombre. Por mi parte, me permito subrayar una vez más que no he contestado al desprecio con el desprecio. Pero ya es tiempo de que cesen la injuria y la difamación. Es tiempo de que las hojas parroquiales y las publicaciones de

nuestras diócesis aprendan a discutir “con dulzura y respeto”. Es tiempo, sobre todo, que una parte de la Francia cristiana no pretenda sofocar ni hacer callar a la otra parte, ni reducirla al desespero. Nosotros somos las ovejas de vuestro rebaño — y hemos seguido los trabajos del Concilio. Hemos oído las más autorizadas voces decirnos: “*Vosotros sois también la Iglesia*”, “*Existe un sacerdocio de los seglares*”, “*Los seglares en la Iglesia deben hacer oír su voz*”, “*Vosotros sois adultos...*”.

Y nosotros os pedimos que nos entendáis — que toméis consejo de nosotros, que os apoyéis en nosotros — que nos iluminéis — que también nos ayudéis. En el tiempo en que nosotros hemos callado, hemos visto desarrollarse el mal, invadir nuestras iglesias, amenazar a nuestros niños. *Hoy día a cada paso de nuestra vida cristiana tropezamos con la infiltración marxista*. Nosotros vemos, oímos, sabemos cosas que fatalmente os escapan en parte a vosotros, nuestros Pastores que veneramos y a los que queremos ayudar. Hemos hecho la experiencia del silencio: ha producido malos frutos. Y si hoy estamos inquietos, algunos de entre nosotros han podido comprobar que en la misma Roma esta inquietud es compartida.

Asistimos, por lo que se refiere a un número creciente de nuestros sacerdotes, a un cuádruple desfallecimiento, por lo que se refiere a sus deberes para con la patria (¿no han leído el discurso de Su Santidad Paulo VI a los franceses del 6 de diciembre de 1963?), al espíritu de obediencia (vuestras prescripciones sobre el porte de los sacerdotes, la venta de periódicos en la iglesia, y las innovaciones litúrgicas, para no citar más que esos tres ejemplos, son constantemente mofados, *ante nuestros ojos*) —. La pura y simple caridad pastoral (nos referimos a la acogida dispensada con demasiada frecuencia a los desgraciados Pieds-Noirs y a los sacerdotes repatriados de Argelia; y evocamos con tristeza extrañas acusaciones lanzadas desde lo alto de

tantos púlpitos contra la clase burguesa, acusaciones en las que no encontramos en absoluto el Evangelio ni el famoso “todo a todos” de San Pablo) — y para terminar, un bajo nivel espantoso en la espiritualidad.

Sobre este último punto nos permitimos insistir: de todos los rincones de Francia nos llegan cada vez en mayor número, cartas dolorosas, patéticas, emotivas; proceden de sacerdotes, de religiosos, de seglares lanzados a una acción cristiana, y que se muestran escandalizados — escandalizados hasta los tuétanos — por los excesos de una cierta pasotral “activista” en la que no reconocemos *nada* de la enseñanza de la Iglesia, ni de la prudente y noble “puesta al día” del buen Papa Juan XXIII, ni de las órdenes y recomendaciones de S. S. Paulo VI. “Decidlo”, me escribe un padre de familia aterrado, “si no se lo decís, nadie se lo dirá. Pues hasta ahora nadie lo ha dicho”. Con humildad y con tolerancia (y nosotros los seglares sabemos muy bien que no se cree en las dificultades del apostolado, ya se trate de la “masa” privada de Dios, o de la élite que se descristianiza a vista de ojos), os pedimos socorro. Sin permitirnos el menor reproche respecto a quien sea, decimos claramente que con mucha frecuencia *nuestros gritos de alarma no son oídos*. Cuántas veces estos días me han escrito: “Yo he indicado tal y tal hecho, sin que nada haya cambiado, sin recibir ninguna respuesta”.

Y durante este tiempo se concede a los marxistas favores, “comprensiones”, diálogos — o sea tribunas — que son rehusadas a toda una categoría de cristianos. Se venden en las iglesias publicaciones cómplices de los comunistas en las que se ostentan impunemente ultrajes contra nosotros. Se calumnia a un escritor católico sin escucharle — y sin tener en cuenta el hecho de que ha podido recibir muy elevadas aprobaciones romanas. No parece tenerse en cuenta para nada la paciencia de algunos de entre nosotros, ante el cúmulo de injurias que

sin cesar nos lanzan al rostro. He aquí porque nosotros, seglares adultos, y dóciles a la invitación del Concilio, invocamos por nuestro honor y nuestra fidelidad la protección de la Jerarquía católica. Y puesto que se nos dice en el Concilio, en Roma y en Francia: “*Es tiempo de hablar*”, puesto que de todas partes nos llegan llamadas desesperadas de cristianos que dentro de la Iglesia se creen abandonados, decidimos ahora, en nuestra alma y conciencia, que ya no callaremos más.

\* \* \*

Vueltos, en fin, hacia nuestros sacerdotes, les decimos: “Vosotros sois nuestros guías y nuestros hermanos. Ayudadnos. Permitid que os ayudemos. Respetad vuestra patria como nosotros. Sed todo a todos, pues tenemos necesidad de vosotros. No volváis la espalda al pobre de Argelia, sea sacerdote o Pied-Noir —ya que los que lo han perdido todo tienen el rostro de Jesucristo—. No os encarnicéis contra obras —instituciones o libros— en las que hemos puesto nuestro corazón con nuestra sinceridad. Evitad respecto a nosotros esos “reflejos de casta” de que hablaba recientemente un experto en el Concilio, evocando la actitud de gentes de Iglesia con respecto a los seglares. Mostradnos el ejemplo de la caridad, de la dignidad, de la obediencia. Y no nos ofrezcáis jamás el espectáculo de un

(Entrevista de PUEBLO)

(...)

Cipriano Calderón está estos días en Madrid. Y ha accedido a que le entrevistemos para los lectores de “Pueblo acerca de un punto importante que está hoy sobre el tapete del catolicismo: “los nuevos curas”.

—Todo el mundo habla de “los nuevos curas”. La novela de Michel de Saint Pierre ha puesto el tema de moda, y en nuestra Patria han sido precisamente los integristas quienes aprovechando la ocasión han abierto una deplorable campaña contra el clero joven o el llama-

sacerdote insultador —pues nos es muy doloroso.

Por lo que os queda —aunque hayáis llegado a burlaros de nuestra devoción a los Santos—, por lo que os queda en lo que nos sobrepasáis, por lo que atañe a vuestro sacerdocio privilegiado, dejadnos por lo menos hablaros de vuestro “patrón”: Juan Bautista María Vianney, cura de Ars...

No se dirige a los intelectuales, sino a los pobres, al obrero, al artesano, y en un siglo que fue aún más materialista que el nuestro. Les hablo de cosas de las que nosotros no oímos hablar mucho: del pecado, del amor divino, no azuzaba su rebeldía, sino que les prescribía “amarse los unos a los otros”. Evocaba las “cosas invisibles” que casi no se evocan nunca hoy día y que sin embargo están presentes en el texto del Símbolo de Nicea. Se afirmaba expresaemnte como sacerdote, presente y separado, a cada instante, a cada paso. Lo sabía todo sobre la miseria y sobre la misericordia. Se lamentaba, él, de no comprender bastante la extraordinaria eminencia del sacerdote. Ya que decía:

- ¡Si el sacerdote comprendiera bien el misterio de la Consagración, moriría de amor!
- No comprenderá más que *demasiado tarde* la felicidad de decir Misa.
- A la vista de un campanario, podéis decir: ¿qué es lo que

do “clero nuevo”, ¿cuál es su opinión sincera?

—Me parece que es darle demasiada importancia a la novela de Michel de Saint Pierre el decir que ella ha puesto el tema de moda. Una obra de tan poca calidad y de tan escasos valores literarios como es “*Les nouveaux prêtres*”, no habría suscitado interés alguno si el problema de los “nuevos curas” no lo hubiese planteado, con signo positivo, el Concilio. La novela no ha sido más que un pretexto o una ocasión que los grupos integristas

hay allí? El Cuerpo de Nuestro Señor. ¿Por qué está allí? Porque un sacerdote ha pasado, y este sacerdote ha dicho la Misa.

¿Es pedir demasiado a nuestros sacerdotes rogarles instantemente releer la vida y los sermones de su Cura de Ars? Como viejo obrero, creo, es mi convicción profunda, que la masa no-cristiana tiene necesidad de sobrenatural, que siente en el seno del mundo moderno un espantoso vacío de amor, y que para ella ninguna pastoral reemplazará la palabra divina. Como escritor creo con la misma íntima certidumbre que el intelectual tiene necesidad del Misterio y de Beatitudes en el seno mismo de sus peores blasfemias y de sus más violentas negaciones. “El hombre no es una bestia de trabajo, sino un espíritu creado a la imagen de Dios”, decía el Cura de Ars. ¿No es éste el lenguaje que se precisa tener con la élite y con el obrero?

Os amamos, sacerdotes, y os respetamos. Y os suplicamos que creáis vosotros mismos en la dignidad incomparable de vuestro estado sacerdotal, sin buscar a todo precio una “novedad” donde no hay necesidad de ella. *No os pedimos que seáis santos*: ¿con qué derecho lo haríamos? Os hablamos con dulzura, respetuosos hacia vosotros que tenéis el poder de consagrar. Pero tenemos necesidad del *sacerdote de siempre* iluminado por la antorcha de Dios.

MICHEL DE SAINT-PIERRE

han encontrado para desacreditar a la nueva ola de curas que está creando el Concilio.

—¿Se puede hablar, pues, de un nuevo tipo de curas?

—Es evidente que el Vaticano II, con sus orientaciones bien claras, exige y está creando un nuevo tipo de sacerdotes, los auténticos “curas nuevos”, que llevan en su espíritu y en su estilo la mentalidad conciliar. Son los que han sabido respirar profundamente el aire nuevo que han traído a la Iglesia los Juan XXIII y Paulo VI con el

Colegio Episcopal reunido en asamblea ecuménica. Usted sabe muy bien que la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, promulgada ya por el Concilio, nos enseña una nueva manera de ver al pueblo de Dios, el sacerdote, el laicado, la vida comunitaria, la autoridad, la obediencia, el apostolado, el diálogo. Y los sacerdotes jóvenes, con su despierta intuición, han sabido captar inmediatamente la nueva mentalidad y se esfuerzan por traducirla a la práctica con un nuevo estilo.

—¿Qué opina usted de esos católicos que han hecho una propaganda tan descarada de una novela a cuyo autor califica el padre Elizalde, S. J., director de "Hechos y dichos", de "hábil en la difamación colectiva"?

—Todas las esperanzas de renovación de la Iglesia que nos ha traído el Vaticano II descansan, sin duda alguna, sobre estos nuevos curas. De ahí el afán de las fuerzas conservadoras o ultras para desacreditarlos. Michel de Saint Pierre ha intentado este descrédito presentándoles como envenenados por el marxismo. Larvada manera de difamación usada por quien es incapaz de comprender las inquietudes sociales y el deseo de diálogo con el mundo obrero. Para alegría nuestra, en defensa de estos sacerdotes, contra el panfleto de Michel de Saint Pierre, ha salido valientemente el episcopado francés. Pero no hablemos de la despreciable novela, en mala hora editada en España para servicio de este grupo de trasnochados integristas españoles que tan lejos están de la mentalidad del Concilio y que tanto daño están haciendo a la Iglesia. Tampoco quiero hablar de esas publicaciones, semanarios y hasta algún diario que bajo la capa de ortodoxia se dedican a desacreditar a la Iglesia y a sus jóvenes sacerdotes.

—Usted, que vive de cerca la marcha de la Iglesia y de la ideología del Papa, ¿quiere decirnos hacia

dónde camina la Iglesia del siglo xx?

—La Iglesia vive hoy el ritmo de la renovación, y los que son incapaces de marchar a ese ritmo quedan inmediatamente desfasados. No comprendieron nunca a Juan XXIII ni comprenden ahora a Paulo VI, que habla siempre en sentido positivo y abierto, más con gestos que con palabras. Recuerde los dos últimos: la supresión del palio y el regalo del reloj de Juan XXIII al jefe del socialismo italiano. Su única preocupación es no humillar a nadie y su tormento el que pueda sufrir la unidad interna de la Iglesia o la caridad. No quiere "vencidos", sino "convencidos". Pero sería no haberle entendido el negar su postura abierta de par en par a los nuevos signos de los tiempos. Hablando de este nuevo ritmo de la Iglesia el teólogo italiano, padre Balducci, ha escrito: "Tenemos ya sobre la Iglesia una teología existencial que nos libra del riesgo de un triunfalismo milenarista que ha sido siempre la típica tentación del catolicismo... En los próximos años la Iglesia tendrá que llevar a cabo una amplia y profunda revisión de sus estructuras, de sus métodos, de su estilo y acción: desde los catecismos, en los que la admirable unidad del Cristo Vivo se rompe en fórmulas arcaicas e intelectualísticas, hasta los textos de teología donde la preocupación del sistema de tipo especulativo prejuzga la humilde adhesión al misterio, que es su verdadero objeto; desde el culto religioso, en el que la milenaria vegetación de devociones vela la faz del único Mediador, hasta la moral preceptiva, en la que demasiado frecuentemente las fórmulas de la Ética a Nicómaco ocupan el lugar del sermón de la montaña."

—Esta renovación tan profunda, ¿no creará tensiones y riesgos lamentables?

—Es natural que todo esto comporte un riesgo. Pero el mismo Paulo VI, siendo arzobispo de Milán, ya planteó varias veces este problema a los sacerdotes en una serie de discursos cuya traducción al español estoy preparando en estos momentos. Dice en uno de ellos textualmente: "El riesgo forma parte del arte pastoral y, si queremos que el apostolado no nazca muerto, es necesario admitir los buenos intentos pastorales con cierta amplitud de miras." Para esta renovación de la Iglesia, como para todas las cosas grandes, hay que pagar un precio, tal vez gravoso, cuyo porcentaje mayor cae forzosamente sobre los abanderados de la reforma que, con su noble afán de seguir y hacer realidades la mentalidad y orientaciones conciliares, se ven obligados a forzar algunas cosas y corren el riesgo de equivocarse. Yo tengo la suerte de vivir en Roma entre sacerdotes jóvenes, admiro el amor que tienen a la Iglesia y le digo sinceramente que no quisiera nunca interrumpir el diálogo con ellos. Tenemos, ciertamente, algo que enseñar a los curas jóvenes, pero tenemos que aprender de ellos muchas cosas y, ante todo, el afán de renovación continua y la intuición para descubrir los signos de los tiempos nuevos y la capacidad para crear en nuestro catolicismo el nuevo estilo del que hablaba Paulo VI en su mensaje a Belén y que usted ha tomado como lema de su revista "Madre y Maestra": "Queremos asegurar a la Iglesia una nueva forma de querer, de sentir y de comportarse."

Este es el sentimiento de un sacerdote español, muy joven en años, muy maduro en experiencia, trabajo y responsabilidades, tan poco sospechoso de progresismo que él mismo se considera con tremenda humildad "forjado en los viejos esquemas".

# LAS DOS CARAS DE LA SESION III DEL CONCILIO VATICANO II

Mejor dicho, la CARA y la CRUZ; con el significado de algo penoso que damos a la cruz.

Exprofeso retrasé el publicar estas mis impresiones de la *sesión tercera*, pues la forma con que se había clausurado reclamaba, a mi ver, una mesura especial. Claro es que no todos los dedicados al apostolado de la pluma podían esperar tanto tiempo. La avidez de noticias de muchos lectores, acrecentada por el picadillo de algunos informadores irresponsables o vendidos a intereses ajenos o contrarios a nuestra santa Religión, les obligaría sin duda a enviar informaciones contrarreloj. De aquí que a veces uno ha de perdonar defectos o faltas, mucho más si las vemos cubiertas con la mejor de las voluntades y despojadas de toda vestidura tendenciosa.

He de confesar que no me arrepiento de haberme retrasado, pues así me ha sido factible recoger ahora — escribo en la fiesta de nuestro Patrono el Beato Juan de Ávila — unos datos muy aleccionadores para discernir mejor la CRUZ: lo que, entiendo, podrá haber sido penoso a nuestro Beatísimo Padre. Incluso, me atrevería a decir, lo que debería ser desagradable a todo cristiano que tenga su "espíritu" clavado en el concilio con mayúscula.

## La cara

La de la *effigies* o imagen del Concilio. Para mí lo fue la actitud de Su Santidad. Vi a muchos católicos que levantaban agradecidos sus ojos al Cielo, no con la arrogancia de los "vencedores", sino con la mirada de unos ojos "fuertemente" (lentos de fortaleza) esperanzadora. Como si la actitud del Padre Común viniese a mitigar unas ansias que los días, queremos decir las circunstancias, iban convirtiendo cada vez más angustiosas. La prensa del "mundo" puede tanto, y desfigura a tantísimo la visión conciliar, que uno no puede exigir a cada momento heroicidades en el ejercicio de la virtud. Somos hombres, a pesar de la gracia y los hábitos infusos.

A nuestro entender, la actitud del Papa dio el verdadero sentido conciliar al VATICANO II. Parecía más bien "conciliarismo" — por no usar una palabra más dura — cuanto nos iban transmitiendo las agencias de prensa, no obstante los puntos sobre las íes que algunas — pocas — crónicas más serenas no dejaban de poner, al margen de los boletines oficiales de las secciones de prensa del Concilio.

Podemos tomar como base dos documentos, que relacionaremos con algunas intervenciones: el discurso inaugural y

el de clausura de esta tercera sesión.

"La integridad de la verdad católica está pidiendo ahora una aclaración, en armonía con la doctrina del Papado, que ponga en su espléndida luz la figura y la misión del episcopado — leemos en el discurso inaugural (*Ecclesia*, 19 sep. 1965, pág. 8).

Para Nos la alegría de reconocer en los obispos nuestro hermanos, llamándolos con el Apóstol Pedro "seniores", y para vos reivindicamos con gusto el igual título de "consenior"; nuestro es el consuelo de dirigirles las palabras del Apóstol Pablo "...compañeros en las tribulaciones y en las consolaciones"... , nuestro el deber de reconocer en ellos a los maestros, a los pastores, a los santificadores del pueblo cristiano...

Porque si a Nos, como sucesor de Pedro — y, por tanto, en posesión de la plena potestad sobre toda la Iglesia —, compete el oficio de ser, aunque inigno, vuestra cabeza, esto no es para defraudaros de la autoridad que os compete; somos por el contrario los primeros en venerarla. Si nuestro oficio apostólico, nos obliga a poner reservas, a precisar términos, a prescribir formas, a ordenar modos en el ejercicio de la potestad episcopal, esto es — vosotros los sabéis — para el bien de la Iglesia entera y para la unidad de ella, tanto más necesitada de una dirección central cuanto más vasta se hace su extensión católica, cuanto más graves son los peligros y más urgentes las necesidades del pueblo cristiano en las diversas contingencias de la historia y, podemos añadir, cuanto más expeditos son hoy los medios de comunicación. Esta centralización, que será siempre moderada y estará compensada con una continua y atenta distribución de oportunas facultades y de útiles servicios a los pastores locales, no es un orgulloso artificio; es, hermanos, un servicio, y la interpretación del espíritu unitario y jerárquico de la Iglesia es el ornamento, la fuerza y la belleza que Cristo le prometió y le sigue concediendo a través de los siglos...

Pero esta norma no sacrifica, antes al contrario fortalece, la autoridad episcopal lo mismo si se la considera individual que colegialmente...

Así como vosotros, esparcidos por la tierra, para dar consistencia y forma a la verdadera catolicidad de la Iglesia, tenéis necesidad de un centro, de un principio, en la fe y en la comunión, precisamente el que encontráis en la cátedra de Pedro; así Nos tenemos necesidad de que estéis a nuestro lado para dar cada vez más al rostro de esta Sede Apostólica su prestancia, su humana e histórica realidad; más aún, la consonancia de su fe, el ejemplo en el cum-

plimiento de sus deberes, el alivio de sus tribulaciones.

Por tanto, en espera de que en este Concilio sea precisada la doctrina acerca del Episcopado, le tributamos desde ahora nuestro honor, le aseguramos nuestra fraternidad y nuestra paternidad y le pedimos su confortante adhesión. Ojalá que de este Concilio resulte más fuerte y más santa la comunión que une en vínculo vivificante de fe y caridad a la jerarquía católica".

A la luz de estas palabras pueden ustedes repasar ahora las acotaciones que se hicieron a este discurso y cotejarlas con los comentarios que se propagaron cuando las Congregaciones sobre la "colegialidad" y las intervenciones, más o menos directas, que tuvo el Papa, a fin de esquivar ciertos momentos difíciles para la marcha en popa del Concilio. Podemos pararnos un poco en la historia de la famosa "nota previa" para la interpretación del capítulo III la Constitución sobre la Iglesia.

Recordarán que antes de someter a votación este capítulo, el secretario general del Concilio, monseñor Pericles Felici, hizo saber a los Padres que, por *disposición superior*, daba a conocer una "nota previa" (1); en cuyo sentido debería ser interpretada la doctrina que el capítulo III contiene. Más tarde cuando se sometió a refrendo del Aula la Constitución en su conjunto, el mismo secretario hizo saber que el texto de esta "nota previa" quedaría incorporado, aunque no formara parte de la Constitución dogmática, a las Actas del Concilio.

Los tambores triunfales que tocaban los que tienen a su disposición los más potentes medios de propaganda y de información periodística, fueron remitiendo el sonido. Esta "nota previa" podía acíbar a las mieles de gloria.

Entre las glosas que se recogen en la revista sacerdotal francesa *L'Ami du Clerge* (17 dic. 1964) hay ésta de un lionés muy significativa para nuestro caso: "Pío IX hizo el Vaticano con la mayoría contra la minoría; Paulo VI ha conducido el Vaticano con la minoría contra la mayoría".

Es decir, en esta sesión, se nos presenta el Papa, actuando como Papa, con auténtico sentido conciliar y colegial. El Concilio no es la mayoría; la mayoría no es nada sin la Cabeza. Cierto que no se ha de despreñar la mayoría; pero, por importante que fuere, ella por sí sola no constituye el Concilio. El Concilio, en cuanto tal, no desea, ni decreta, ni hace, ni existe si no es con el Papa, jamás sin él. Lo mismo diríamos de la Colegialidad.

Y esta visión exacta no me negarán

que se iba difuminando con el redoblar de los tambores victoriosos. Y esto cabalmente fue lo que agradecieron de verás al Espíritu Santo los que eran tratados ya como "vencidos": no era "papalatría", no, sostener que lo que había dicho el Papa en el discurso inaugural podía hallar confirmación en cualquier momento, aun en contra de la mayoría: "Si nuestro oficio apostólico nos obliga a poner reservas, a precisar términos, a prescribir formas, a ordenar modos en el ejercicio de la potestad episcopal, esto es — vosotros lo sabéis — para bien de la Iglesia entera y para su unidad..."

Y se repitió la actuación papal en el esquema sobre misiones, y más tarde con motivo del aplazamiento de la "declaración sobre la libertad religiosa". Algunos acusan al "poderío" de la minoría. Nosotros preferimos meditar sobre el don de la fortaleza, que es don del "Espíritu Santo. Porque, de no estar vivificado por él, no entenderíamos la actitud serena y decidida de Paulo VI. Lo mismo diríamos del discurso de clausura.

No me digan que no se necesitará mucha fortaleza, y muchísimo más amor, hablar acerca de la Virgen de la forma como lo hizo, sobre todo después de haberse escrito lo que se escribió y lo que se dijo en el aula conciliar, aun constando a los Padres los deseos solemnemente expresados en el discurso de clausura de la sesión anterior.

"La reflexión sobre estas estrechas relaciones de María con la Iglesia, tan claramente establecidas en la actual Constitución conciliar, Nos hacen pensar que éste es el momento más solemne y apropiado para satisfacer un voto que apuntado por Nos al final de la anterior sesión, muchísimos Padres han hecho propio, pidiendo insistentemente una declaración explícita durante este Concilio de la función maternal que la Virgen ejerce sobre el pueblo cristiano.

A tal fin hemos creído oportuno consagrar, en esta misma sesión pública, un título en honor de la Virgen, sugerido desde varias partes del mundo católico y a Nos, particularmente querido, porque con síntesis admirable expresa el puesto privilegiado, reconocido por este Concilio, a la Virgen en la Santa Iglesia. Para gloria, pues, de la Virgen, para consuelo Nuestro, Nos proclamamos a María Santísima MADRE DE LA IGLESIA, esto es, de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los Pastores, que la llaman amorosísima, y queremos que con tan suavísimo título sea de ahora en adelante aún más honrada e invocada por toda el pueblo cristiano."

#### La otra cara; mejor, la Cruz

*Cara*, porque viene a aureolar la "efigies" que hemos intentado en los precedentes trazos. *Cruz*, porque me figuro que estos trazos recordarán al Papa du-

rante toda la vida laceramiento de su sensibilidad por parte de quienes no ha tanto tiempo patrocinaban su candidatura; como las ufanosas espigas recordarían, si pudiesen, los surcos del arado.

En *Informations Catholiques Internationales* (1 dic. 1964, pág. 12) se ponía en boca de monseñor DE PROENÇA-SIGAUD, arzobispo brasileño: "Las dificultades que nosotros teníamos sobre la doctrina de este capítulo tercero, quedan desde ahora resueltas por la "nota preliminar" y las zozobras de nuestra conciencia se han evaporado. Los Padres de nuestro grupo votaron el Sf a fin de llegar a una unanimidad moral que dará mucha alegría al soberano Pontífice". Realmente, si no se tratara de un obispo estigmatizado como integrista, nos pondríamos a aplaudir este gesto, aunque la información salga de una revista que tenemos por tendenciosa. La hemos demostrado en otras ocasiones, y sin ir más lejos, podríamos citar el párrafo anterior al que se acaba de transcribir. Tengan la bondad de fijarse:

"Uno de los teólogos (Vayan ustedes a saber cuál. Qué manera de informar.) que más hicieron para que la cuestión (de la colegialidad) madurase en este Concilio, me decía poco después: "En un futuro, la "nota previa" no tendrá otro interés que el anecdótico. Puede que ella sirva a "quelques" teólogos para disputar con otros — a menudo la teología así ha progresado —; mas lo esencial queda: la proclamación de la colegialidad. *Elle est acquise*. Lo restante es propio de historias menudas". Por el contexto, por diferentes declaraciones que hemos leído... se puede presumir que se refieren al padre Congar, al que con bombos y platillos sus admiradores han dedicado una REHABILITACIÓN de Paulo VI (de la que todavía no sabemos exactamente los términos que son del augusto Pontífice los que lo son del calor de sus admiradores). Pero para que pueden ustedes atar todos los cabos, tomen nota de lo siguiente que hemos leído por varios conductos (Cf. *Itinéraires*, mayo 1965, pág. 179):

"Las *Editions du Cerf* en la colección de *Inf. Cath. Internationales* han publicado un volumen de les *Actes du Concile Vatican II*. Es el tomo primero y contiene los "textes intégraux des Constitutions et Décrets promulgués" por el Papa Paulo VI al fin de la segunda y tercera sesión.

Este volumen **NE CONTIENE PAS** la "nota explicativa" sobre la colegialidad, que el Papa ordenó "qu'elle figure avec les actes du Concile". Ni siquiera se hace la más pequeña mención, como si no hubiese existido. (Verdaderamente, el futuro, a este paso, ni en plan anecdótico, hablará de ella.) Al volumen, sin embargo, no le falta el "imprimatur" dado en París el 31 de enero de 1965".

Un mes antes — el 25 diciembre — publicaba *La France Catholique* una en-

trevista con un no menos capacitado perito conciliar, también dominico francés, el padre Gagnebet, en la que se trató de la minimización que hacían algunos de esta "nota explicativa".

Traducimos: "Esta **NOTA** precisa el sentido en que los Padres fueron invitados a votar (tal hemos oído del padre conciliar DE PROENÇA-SIGAUD) este capítulo tanto en la Congregación general del 19 noviembre como en la sesión pública del 21. Es, pues, esta interpretación de la doctrina que los Padres han aprobado por 2.551 contra 5. El Papa ha declarado no dudar ni por un momento en la propugación de esta doctrina, si se tenían en cuenta las explicaciones dadas en esta **NOTA** sobre el sentido de los términos empleados. Es decir, que esta **NOTA** es la interpretación auténtica de la doctrina de la colegialidad propuesta por el Vaticano II.

De esta forma al proceder del *equipo de Cerf* y de *Informations* (dos en uno), podría llamarse "congarismo", como llamaron ataques de "congarismo" en la primera sesión a intervenciones de ciertos prelatos que no sabían intervenir si no se lo escribía antes el padre Congar.

La faceta de "conciliarismo" cuadraría tal vez mejor a otro famoso documento: la CARTA de 17 cardenales al Papa sobre el asunto de la Declaración *instantanter, instantius, instantissime*, de la libertad religiosa. He ahí unos de sus párrafos, que todos sabrán traducir:

"Dans une matière d'une telle gravité, toute apparence de violation du réglament du Concile et de sa liberté comporterair un immense préjudice pour toute l'Eglise devant l'opinion publique universelle."

Esta sí que es buena. Se protestaba, pues, ante el Papa contra un acto del Papa. Ahora bien, el Papa no está sometido al reglamento del Concilio. Él, haga lo que haga, no puede consiguientemente violarlo. ¿Apariencias? Para qué?

Observa muy bien *Peregrinus* en *Itinéraires* (febrero 1965, pág. 57): "El Papa es el autor del Reglamento, mas no a la manera de un legislador temporal que esté obligado a seguir la ley que dictare; el Papa puede en todo momento modificarlo, cambiarlo... Y no olvidemos la verdadera Colegialidad, enunciada en el capítulo III de la Constitución dogmática sobre la Iglesia: no hay Concilio si no es allí donde y en la medida que el Papa es su Cabeza".

Otro clavo de la cruz podría ser lo sucedido con el esquema de Misiones. En la Congregación del 6 de noviembre, el Papa, que dirigió su primera parte, manifestó en una brevísima intervención su parecer: "habría que retocarlo, pero podría ser aprobado". Pues bien, después de unas intervenciones, coreadas con aplausos fuera de toda prudencia (¿no se puede esperar prudencia de unos padres

conciliares?), se desaprobó con una votación negativa.

"Se habló después — notifica un ponderado cronista — del disgusto que ocasionó al Papa este hecho. Y se concretaba que lo más doloroso para él había sido el tono de las intervenciones. El mismo cardenal Frings, que rompió la marcha, no estuvo nada suave" (*Ilustración del Clero*, enero 1965).

El cardenal Alfrink advirtió contra injustas críticas al Concilio, al Papa y a la Curia durante un discurso a estudiantes católicos de Utrecht: "...La Iglesia no es una democracia y el Concilio un parlamento democrático donde las

decisiones se efectúan sólo por mayoría de votos. La Iglesia tiene tanto un carácter monárquico como colegial. La lucha en la última semana de la tercera sesión no fue un choque del Papa con el resto del colegio de obispos, ni entre el Papa y la mayoría. Fue más bien una reunión o posiblemente un cambio de ideas desde dos puntos de vista de la Iglesia, el monárquico y el colegial. (Recuérdese, con todo, lo que nosotros hemos observado no hace mucho sobre la colegialidad.) En este conflicto, el jefe de la Iglesia actúa, según considera en su conciencia de interés de la Iglesia en esta situación. Nadie duda de que el

Papa encuentra en ello un deber extremadamente difícil".

Y espinoso; es la CRUZ.

Cuánto molestarían, en fin, a Su Santidad las frases irónicas que algunos comentaristas dedicaron al discurso de clausura: un FERVORINO a la Virgen.

"A mucha honra — podría contestar el Papa —; pero este tono... no me puede agradar". Sincestamente, creo que a ningún INTEGRISTA, de los que suelen ser llamados INTEGRISTAS, para expresarme más propiamente; pues nosotros seguimos creyendo que todos los católicos han de serlo.

MARTIRIÁN BRUNSÓ, pbro.

(1) Véase esta nota explicativa en el número de CRISTIANDAD 407, correspondiente al mes de enero de este año, y lo que sobre dicha nota aclara "L'Osservatore Romano" en el núm. 408 correspondiente al mes de marzo.

## LA LIBERTAD DE LA IGLESIA EN EL ESTADO COMUNISTA

El trabajo que con este título publicó el Prof. Plinio Correa de Oliveira — Catedrático de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad Católica de São Paulo —, y que los lectores de CRISTIANDAD conocen por haber sido reproducido en nuestra Revista números 397 y 398, ha obtenido amplísima difusión y viene ejerciendo de día en día creciente impacto en la opinión católica mundial.

Por iniciativa de la "Sociedad Brasileña de Defensa de la Tradición, la Familia y la Propiedad", fue distribuido a los Padres Conciliares durante la II Sesión del Vaticano II. Su autor recibió innumerables cartas de Cardenales, Patriarcas, Arzobispo y Obispos, y su trabajo ha sido publicado íntegramente en los diarios y revistas que siguen:

"Diário de São Paulo", "Diário do Comércio", "Diário do

Comércio e Indústria", "Gazeta Mercantil", "Gazeta Esportiva", de São Paulo; "O Estado de Minas", "Diário de Minas", "Correio de Minas", "Folha de Minas", de Belo Horizonte; "Jornal do Dia", de Pôrto Alegre; "Semana Católica", de Salvador; "Correio do Ceará", de Fortaleza; "A Comarca", de Araçatuba; "A Voz de Povo", de Olimpia; "A Semana Religiosa", de Pouso Alegre, en Brasil. — "O Apostolado", de Luanda, Angola; "Cristiandad", de Barcelona, España; "La Croisade", de Cadars, Francia; "Cruzada", de Buenos Aires; "La Fidencia", de Santiago de Chile; "Mundo Mejor", de México, México; "Nouvelles de Chrétienté", de París, Francia; "Il Tempo", de Roma, Italia; "Unidad", de Miami, Florida, Estados Unidos; "A Voz", de Lisboa, Portugal; "The Wanderer", de Saint-Paul; Minnesota, Estados Unidos.

### SUMARIO

Mense Maio, de Paulo VI

María Madre de la Iglesia, Roberto Cayuela, S.I.

El sentido de la Historia y el Mensaje de Fátima, José Ricart Torrens, Pbro.

Los devotos críticos y los devotos escrupulosos, José M.<sup>a</sup> Alba Cereceda, S.I.

La unidad católica como supuesto de nuestras leyes en materia religiosa (II), E. Guerrero, S. I.

La fiesta de 1.<sup>o</sup> de mayo. Diario íntimo de Juan XXIII

A nuestros obispos y a nuestros sacerdotes (LOS NUEVOS CURAS), Michel de Saint-Pierre

Las dos caras de la Sesión III del Concilio Vaticano II, Martirián Brunsó, Pbro.

Suscripción ordinaria . . . 200 Ptas. año  
 » de amistad de 200 a 1000 Ptas.  
 » de protección a partir de 1000 »  
 Número suelto . . . . . 20 »

# CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.<sup>o</sup> - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.<sup>o</sup> - Telf. 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.